

ORO PIATA



Presente
GUERRERO
Adolfo
GIRON
Alfredo
DIESTRO

plata.
EDICIONES BISTAGNE



ORO Y PLATA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16 - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO MARÍO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 15541 - Barcelona

ORO Y PLATA

Sentimental asunto, hablado en español

Director:

Ramón Peón

Es un film editado por

H. M. C. S. A.

Exclusiva de

Films Raza, S. L.

Plaza Emilio Castelar, 7 - VALENCIA

Para Cataluña, Aragón y Baleares

Febrer y Blay, S. A.

Rambla de Catalunya, 118 - Barcelona

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

Adolfo Girón

Alfredo del Diestro

Carmen de Herrera

Domingo Sobe

Beatriz Rasos

Julio Villarreal

Antonio R. Frausto

Lola Camarillo

ORO Y PLATA

Argumento de la película

LA PRIMERA SORPRESA

Rubén, "Niño Rubén", como le bautizaran en la infancia sus viejos servidores, estaba encantado de aquella vida de holganza y de jolgorio, que le permitía arrastrar los millones de pesos arrancados por su padre a las entrañas de la tierra en largos años de laboreo de aquellas minas inagotables en que está cimentado el antiguo imperio de Moctezuma.

Hijo único de don Ricardo, el antiguo minero y hoy multimillonario, gozaba de todas las libertades apetecibles y pasaba días y noches en orgías inacabables. Era el niño bien de Méjico, al que se disputaban encarnizadamente todas las

entretenidas de la gran urbe, que le amaban a su modo, por su juventud triunfadora y por su prodigalidad, pregón de enganche del amor fácil.

Era verdaderamente extraordinario, que aquella vida de ajeteo continuo, de borracheras empalmadas, de carencia de reposo y de despilfarro de facultades, no hubiesen minado su salud.

Lejos de eso, Rubén, tipo de atleta bronceado, siempre tenía arresos para el próximo esfuerzo, siempre una sonrisa en los labios y una canción brotando entre ellos, como un desafío al amor.

No era, como podría suponerse,

y dado el ambiente en que se desenvolvía de ordinario, un ser depravado, en el hondo sentido del concepto, aun cuando más de una vez —en cosas de amor sobre todo, de aquel amor tal como se lo daban y lo recibía a diario— llegase a hacer gala de un cinismo desconcertante.

No era suya toda la culpa...

Huérfano de madre, don Ricardo, muy absorto en sus negocios, le había dicho tendiéndole el talonario de cheques:

—¡Diviértete, hijo mío!

¿Y qué iba a hacer, más que obedecer el consejo paterno, máxime en una edad en que el mundo es chico cuando se le ponen alas al pensamiento y no se encuentran cortapisas a la acción?

Pero no era malo, no. Era, como le habían hecho.

En el fondo de su alma, en aquel rinconcito en donde a veces brillaba el recuerdo, estaba aletargado un romántico, un sentimental.

Era, en realidad, el hombre de dos caras.

Unas veces lucía la careta del calavera horro de conciencia.

Otras, había en sus facciones reminiscencias de otro ser, que podía llegar a saber mirar a la vida y gus-

tar el sabor amargo de las lágrimas.

Tal al fin de aquella noche de orgía, cuando mirándose en los ojos de la que en aquel minuto era "su único amor", mientras sus dedos ágiles rozaban apenas las teclas del "oolá" soberbio, entonó la canción sentimental, que era como una protesta contra la vida gastada en humo y en vapores de alcohol...

No era él el que cantaba: era el otro...

Y fué también el otro, el que al perderse en el aire el último suspiro de la copla, le hizo levantarse hastiado y como con repugnancia de sí mismo y abandonar el templo de Venus y de Baco, que quedaron revolcándose en el cieno hartándose de besos y de vasos...

.....

Era ya mediada la mañana, cuando no muy seguro sobre sí mismo zigzagueaba hacia la casa de sus mayores el bueno de Rubén...

El aire puro, el sol, la alegría de la vida, disiparon en un instante toda su melancolía de minutos antes y cuando tocó con sus manos el aldadón, aun florecía una canción en sus labios...

A aquella misma hora, en aquel

mismo minuto, don Ricardo hablaba con su viejo criado.

El millonario, en pie ante un cuadro que representaba la rendición de Moctezuma a los conquistadores españoles, decía al sirviente:

—¡Bien dijo Cortés: oro y plata, tierra de Méjico! ¡Divinas montañas las que se extienden a nuestra vista! ¡Con lo que se encierra en sus vientres luminosos, habría para inundar de riquezas al mundo entero!...

Y añadió con una sonrisa socorrona:

—¡Y bien lo sé yo, que les voy sacando a espaldas ese oro y esa plata que guardan en sus vientres fecundos!...

De plata eran ya sus cabellos.

Era un hombre de aspecto adusto, serio, ceñudo de ordinario, autoritario, mandón.

Se había traído de la montaña, con las bolsas repletas de pesos relucientes, la dureza de la roca en las entrañas.

Para él, el mundo era aquello: oro y plata, como las montañas gigantes que alucinaran unos instantes a Cortés.

Su criado le oyó en silencio y

aprovechando el momento de éxtasis en que estaba sumido su amo, se acercó con disimulo a uno de los amplios ventanales que daban a la calle.

Tuvo que hacer un esfuerzo para contener un grito de júbilo: ¡era efectivamente "Niño Rubén" el que se acercaba a la casa, canturreando y haciendo eses!

Y el buen viejo, fué retrocediendo hasta la puerta, que abrió con sigilo, para no despertar al amo de su ensueño dorado y a poco bajaba las escaleras monumentales y llegaba al zaguán a punto de abrir la puerta antes de que cayera el aldabón y atronase inoportunamente las estancias desiertas.

—¡Niño Rubén! — murmuró el anciano—. ¡Por fin has vuelto!

Le tuteaba desde que lo meciera chiquitín y le hiciera cabalgar en sus rodillas cuando empezó a jugar a los "caballos".

—¿Te parece tarde, viejo?— preguntó dándole unas palmaditas cariñosas en el hombro Rubén—. Todas las horas son tarde o son temprano, según como se las mire... Buenos días, viejo... Ya salió el sol y cantan los pajaritos... Oyeme, viejo—continuó mientras se quitaba

los guantes y el abrigo—, la vida es muy hermosa... Da gusto seguir por ella y apurar cada día la copa del placer hasta la última gota...

—¡Cuánto me gustaría que te enamorasas!...—contestó el anciano, recogiendo las prendas y moviendo la cabeza pesoso.

—¡Ja, ja, ja! ¡Enamorarme!... ¿Y sabes tú lo que es el amor?... ¡El amor es la cárcel de los corazones locos!... ¡Libreme Dios de semejante disparate!... ¡Una sonrisa para cada día y una mujer para cada hora!... ¡Lo demás son cuentos! — terminó quitándose la chistera y encasquetándosela al criado hasta los ojos.

Y silbando entre dientes un tango pegajoso y dulzón se marchó hacia sus habitaciones.

Tal vez hubiese contestado algo el buen viejo a aquella definición cínica de la vida y del amor, a no haber oído en aquellos momentos la llamada de su amo.

Subió apresuradamente las escaleras y un momento después penetraba en el despacho de don Ricardo.

Trabajaba éste ante su mesa, repleta de papelotes y apenas si levantó la cabeza para decirle:

—¿Se despertó Rubén?

Dió un respingo el buen viejo y contestó disimulando la sorpresa lo mejor que pudo:

—Aún duerme, señor.

Pero su estupefacción llegó al colmo al oír estas palabras:

—¡Despiértalo y que venga inmediatamente!

¡Despiértalo! ¡Si fuera dormirlo, sería más fácil!

Y aquel conjunto de huesos enfundado en una librea bajó como un autómeta las escaleras y llegó hasta las habitaciones de Rubén.

Este acababa su toaleta de descanso, enfundándose un pijama y abriendo la boca en un bestezo descomunal, que era como un ¡hasta luego! a la vida.

—Niño Rubén...—empezó a decir el viejo.

—¿Vienes a darme otro curso de filosofía amorosa?—preguntó riendo el muchacho.

—No... Ahora es algo peor.

—¿Peor?

—Tu padre quiere hablar contigo. Le he dicho que aun estabas durmiendo y me ordenó que te despertara inmediatamente...

—¿Estaba serio?—preguntó inquieto Rubén.

—Como siempre...

—En fin...—un despercero gigante—vamos allá, a ver qué tripa se le ha roto al autor de mis días—terminó Rubén saliendo de la alcoba y empezando, seguido del criado, la ascensión de la escalera que llevaba al despacho de don Ricardo.

—Buenos días, papá—saludó el juerguista.

—Buenos días, Rubén—contestó don Ricardo—. Te he llamado para decirte que mañana por la mañana tienes que salir para nuestras minas. Tienes que estar allí cuanto antes. Hace mucho tiempo que no vamos ninguno de los dos y los intereses no pueden dejarse abandonados tanto tiempo... A mí, ahora, me es imposible el viaje y por eso he pensado en ti... Sólo te recomiendo una cosa: no has de tener trato alguno con don Rodrigo, el dueño

de la finca Lucía. Es un hombre al que no puedo ver: ¡le odio!

—Bien, papá—contestó Rubén ahogando un bostezo y sin comprender, ni tratar de explicarse siquiera los odios de su padre.

—Ha llegado para ti la hora de trabajar. Bastante te has divertido hasta ahora, sin que yo te lo estorbaba, ya lo sabes.

—Sí, papá...

—Ve allí. Ya eres un hombre. Toma mi puesto en aquella trinchera de la vieja vida...

—¡En otra trinchera tomaría yo ahora el puesto!—estuvo a punto de saltar Rubén que se caía de sueño.

Pero en vez de esta confesión de su verdadero estado, se limitó a murmurar como una muletilla:

—¡Bien, papá!...

EL DESLUMBRAMIENTO

No hubiera conocido ciertamente Cortés aquellas montañas...

Apenas si en ellas se veían ahora las rocas salvajes.

Aquí y allá llenando la cortada, fábricas de ladrillo, enormes chimeneas, cobertizos inmensos, elevadores, máquinas, saltos de agua...

Y entre los plomizos paredones todo un pueblo de mineros llenándolo todo con sus voces, sus gritos, sus cantos y sus carcajadas...

Allá en el llano, donde la vegetación exuberante conservaba aún algo de su antiguo salvajismo, centenares de bueyes pastaban a sus anchas y levantaban en los caminos polvorientas nubes gigantescas que cegaban el sol.

Al extremo del poblado minero, en un altozano, se elevaba una finca soberbia, de paredes blancas como la leche, con interminables escalinatas y miradores rientes colgados sobre la sierra, como oteando el paraíso.

Lamiendo los recios paredones, el arroyo, arpa natural que decía canciones rientes de la noche a la mañana y de la mañana a la noche, en un tintineo interminable de cristales...

Y aquel arroyo tenía su ninfa, para que nada le faltase...

Maruca, la hija de don Rodrigo, la mejor flor de aquellos valles.

Alta, morena, espigada, con unos ojos inmensos en los que estaba siempre fija la interrogación a la vida.

Maruca, el mejor terrón de las

minas de su padre, que se miraba en ella como en un espejo y había encontrado en ella la razón del vivir, aun cuando ya había llegado, jadeante por el esfuerzo de un trabajo continuo, al final de la carrera.

Maruca, era su corazón, su alma.

¡Ay! del que se atreviera a tocar a la que era para él, minero viejo, el todo en la vida: oro y plata, cuerpo y alma!

Era su vida y la defendía como defienden la vida los que ven el momento cercano de despedirse de ella para siempre...

.....

Bajó la escalera, riente y cantarina, y fué a sentarse en el último escalón, junto al arroyo.

Llevaba un libro en las manos y después de mirar a su alrededor, aspirando la vida a pleno pulmón, se sumió en la lectura.

De su profunda abstracción vino a sacarla unos minutos después, una voz broncea, aunque domeñada y aun dulcificada por un esfuerzo de cariño.

—¡Niña...! ¡Niña de plata...!

Alzó la cabeza y sonrió complacida al que la hablaba.

Era un gañanote rudo, fuerte,

disforme, como hecho a puñetazos. Su pechazo de toro dejaba ver una pelambreira azulada por entre los jirones de camisa.

Su testa era como el remate de un martillo de carne. La pelambre polvorienta, recia, cerdosa, tapaba a medias una frente abultada, como testuz de buey. Y allí en el centro de la cara, entre un narizón horrible y una bocaza disforme, brillaba lo único dulce de su persona... dulce en aquellos momentos en que miraba embobado a "Niña de plata": los ojos.

Unos ojos negros, muy negros, brillantes, muy brillantes, como un carbón hecho ascua.

—¡Te traigo un borreguillo...! ¡Míralo qué bonito... con su pelillo rizado!... Apenas si pariólo su madre... y te lo he traído a ti, Niña de plata, Marujita... ¡Je, je, je!...

Y refa el bruto comiéndose con los ojos a aquel capullito apenas abierto.

Maruja tendió las manos y apretó contra su pecho al tierno animalito, que sintió como un estremecimiento de gozo al calor del busto cuajado de la muchacha.

—¡Qué lindo! ¡Pobrecillo!... Pero lo echará de menos su madre...

—Balandó venía detrás de mí... pero corrí y no pudo alcanzarme... —rió el animalote, como si dijera una gracia.

—¡Muy mal hecho, Juan Antonio!...—le rió la moza—. ¡Pobrecillo!...

Siguieron hablando unos instantes y de pronto dijo Maruja:

—¿Sabes...? ¡Anoche soñé que venía a por mí un príncipe... muy guapo... muy guapo!...

Fruncióse el ceño del gigantón.

—¡Llevarse a la Niña de plata! —gruñó rechinando los dientes—. ¡No, eso no será...! Este cabrero, rudo y salvaje, con sus manotas que parten piedras allá en la sierra y matan coyotes, lo impedirá, tronchándolo como un arbolillo o le partirá el corazón de un tiro!...

Aquel bestia estaba enamorado como lo que era, de Maruja.

—¡Salvajote!—rió ésta al verle tan hosco y tan brutote.

... ..

Allá en la acequia de junto a la presa, Tomasa, la mujer de Lencho, el capataz de las minas de don Ricardo, estaba regando unas plantas frente a la casona que les servía de albergue.

Cuando más entretenida estaba en esta operación, llegó Lencho.

Era el tipo representativo de aquella raza ruda y selvática y al mismo tiempo dicharachera y jocosa.

Lencho vestía, cosa rara en aquel día, sus ropas mejores y al verle tan compuesto, Tomasa, abriendo la boca en una risa franca, exclamó:

—¡Qué chulo mi hombre!...

—¡Muy chulo, pero muy hombre! ¿Qué crees? Mirame bien, que aunque vaya así vestido, no soy como los chunitos de la capital...

—Eso ya salta a la vista, viejo... —rió Tomasa.

—¡Venga, vieja—continuó Lencho acercándose—, dame un besote!...

—¡Estáte quieto, viejo!—contestó su mujer fingiendo apartarse, pero comiéndoselo con la vista.

—¡Estáte quieto — la remedó Lencho riendo— y alarga el trotote!... Ven acá, vieja, que hay novedades y voy a decirte una cosa...

—¿Qué quieres?—preguntó Tomasa, curiosa como todas las mujeres.

—Llega Niño Rubén...

—¿Qué dices, mi amigo?... ¿Cómo lo sabes?

—Aquí lo dice—contestó Lencho, enseñándole una carta.

—¿Dónde?...

—No sé... pero aquí lo dice—dijo el capataz señalando a la carta, como si le hiciese daño el negro de la tinta—. Y voy a esperarle... ¡Cuántos años sin verle!... De cuando era un mocoso y lo llevábamos a la capital... Buen guayabo, el pequeño. Ya se fijaban en sus ojitos todas las mujeres y al verle tan chulo le *soureiban*...

—¿Le *soureiban*?... ¿Y qué hacías luego?—preguntó celosa, Tomasa.

—Eso son cosas de hombres... y no te importa el saberlo—rió Lencho, besando a su mujer y dirigiéndose a la cuadra a buscar su caballo—. No te olvides, vieja, y pon la mesa bajo la higuera para cuando llegue Niño Rubén...

Mientras Lencho preparaba el caballo, Tomasa entró en la casa y salió con su hijito, un montoncito de carne morena, que ya reía con la bocaza abierta, como su padre.

Y éste, al verle, cogiéndolo en brazos y besándolo ruidosamente, le dijo a su mujer con una sonrisa

socarrona a tiempo que se lo devolvía, y ya con el pie en el estribo:

—Estas cosas no las hacen los gringos aunque quieran, ¿verdad, vieja?...

Una hora después, Lencho, acompañado de otros servidores de Ricardo, esperaba el tren, que no tardó en llegar, y en el que venía Rubén.

Ya no era éste, al menos en el aspecto, el señorito jaramero y des preocupado de la víspera.

Vestía ahora el traje campero, con sus leguís y sus briches y el amplio sombrero sombreando aún más su rostro moreno.

El recibimiento que le dispensaron sus gentes no pudo ser más cariñoso, y él, llanote y sencillo, los fué abrazando uno por uno como a viejos camaradas.

Desde luego, podía asegurarse, después de esta prueba, que Rubén no había heredado en nada el carácter altanero de su progenitor.

—¿Cómo van las cosas por acá? —preguntó a Lencho, pasados los primeros momentos de efusión.

—Muy bien, compadrito... patroncito—contestó el capataz, sonriente—. La plata va subiendo co-

mo la espuma... Esto se va a poner muy bueno... pero muy bueno...

—Me alegro, hombre, me alegro. A ver si se pone más contento el viejo—rió Rubén, marchando hacia los caballos, que tenía un rancho del diestro.

Rubén no había venido solo; le acompañaba su secretario, un tipo ridículo y lampiño, corto de genio y apocado, que miraba a todas partes con estupor.

Cuando el secretario tuvo que montar a caballo, se encomendó al cielo...

En su vida se las había visto más gordas...

Con grandes apuros y cuando los otros ya caracoleaban sobre sus corceles a su alrededor, logró encaramarse materialmente en la silla, con grave peligro de sus gafas, y se dispuso a pasar lo mejor posible aquel trago tan amargo.

Y lo fué amarguísimo, porque Rubén y sus amigotes, percatados de sus apuros, iniciaron de intento un galope furioso hacia el poblado.

El potro del secretario siguió la carrera de sus compañeros, amenazando dar en tierra con los huesos del infeliz servidor...

En pocos minutos llegaron entre

una nube de polvo a las minas, que cruzaron como un rayo, y bordeando la casa de don Rodrigo, iniciaron la marcha hacia el palacio de don Ricardo, en donde había de alojarse Rubén.

Este se detuvo de pronto en seco, y se quedó mirando con fijez a las escaleras de la finca Lucía.

—¿Quién es esa muchacha tan linda?—preguntó a Lencho.

—Es Maruja, la hija de don Rodrigo.

—¿Tan crecida?—exclamó con asombro Rubén, dirigiéndose hacia Maruja, a tiempo que decía: —¿Es posible que sea ésta la hija de don Rodrigo? ¡Es una veta de oro puro!...

Ya junto a ella, le sonrió cariñosamente.

—¿No me recuerdas?—preguntó a la muchacha, acercándose y comiéndosela materialmente con los ojos—. Soy Rubén...

—Pero ¿es posible que sea usted Rubén... don Rubén?...—murmuró confusa la muchacha, poniéndose colorada hasta el blanco de los ojos.

—¿No te acuerdas de cuando te cogía pecesillos en el arroyo?...— siguió diciendo el forastero.

—Sí... sí... ¡Cómo ha cambiado! —exclamó Maruja, admirativa.

—¿Pues y tú?—murmuró Rubén, que experimentaba una verdadera sorpresa y al que había gustado extraordinariamente la muchacha—. No creí encontrar una rapuza tan linda... Eras una mocosuela entonces... Nos veremos más tarde, ¿verdad?... Voy a estar por aquí bastante tiempo... Maruja...

Lencho, que seguía esta escena, con una sonrisa pícar a en el rostro, dijo a sus compañeros, señalando al grupo de los muchachos:

—Este compadrito no cambia... ¡Llegando y cortando leña!...

A lo que contestó el secretario, que bañado en sudor había logrado reunirse al grupo:

—¡Así somos nosotros!...

—¡Ja, ja, ja!... ¿Qué os parece el gringo este?

Un coro de carcajadas de los mineros fué la respuesta.

Rubén se despidió de la joven y prosiguió el camino rumbo a su casa.

Y mientras allá a lo lejos desaparecía el grupo entre un remolino de polvo, Maruja, brillándole los ojos como nusea y alboroando una sonrisa indefinible en los labios

rojos, murmuraba muy quedo, como hablándose a sí misma, a aquella otra que allá-dentro acababa de despertarse:

—¡Niño Rubén!... ¡Niño Rubén!... ¡Qué guapo!... ¡Qué elegante!... ¡Niño Rubén!...

De ese arroho vino a sacarla su padre, que acercándose a ella, le dijo, mirándola sorprendido:

—¿Qué te pasa, Maruja?... ¿Por qué estás tan distraída?...

—Nada, papá... Me sorprendió la llegada de Niño Rubén...

—¿Está aquí el hijo de ese hom-

bre?—preguntó don Rodrigo, que se había puesto intensamente pálido.

—Sí. Acaba de llegar... Está hecho un hombre... Pero ahora eres tú, papacito, el que está distraído... ¿Qué te pasa?

—Nada, hija, nada...—murmuró el viejo, tratando de serenarse—. La sorpresa... como a ti...

Y cuando padre e hija iniciaban el ascenso de la escalera de la finca, don Rodrigo iba murmurando entre sus labios crispados:

—¿A qué habrá venido?...

ALMA DE ORO Y CORAZON DE PLATA

Lencho sabía hacer las cosas y aquella mañana, para festejar la llegada de Niño Rubén, preparó bajo la higuera frondosa un verdadero banquete. Asistían al mismo todas las capataces de las minas de don Ricardo y las personas más notables del poblado, que querían así testimoniar su alegría por el arribo del que allí todos llamaban familiarmente Niño Rubén.

Pero entre todos, el más alegre era Lencho, que sentía por Rubén una verdadera admiración.

Había preparado una verdadera orquesta, con todos los camperos que sabían tocar guitarras y bandurrias y les decía ahora:

—Cuando llegue Niño Rubén, apretad fuerte, muchachos...

Poco después hizo su aparición

el festejado, repartiendo sonrisas y apretones de mano.

—¡Viva Niño Rubén! — gritó Lencho a todo pulmón.

Y en la misma forma fué contestado por todos los hombres puestos en pie.

La comida transcurrió alegre, entre diálogos chispeantes y carcajadas ruidosas.

Ya a los postres, cuando el vino había caldeado los ánimos, empezaron los brindis.

—La vaca prieta de nuestra tierra, te saluda, Niño Rubén... La vaca prieta de nuestras montañas que da torrentes de oro y plata, como la sangre de nuestro pueblo...

Y hasta don Rodrigo, alzando su copa, dijo con un deje de tristeza:

—Bienvenido, Rubén... Yo te deseo aprendas a conocer bien a nuestras gentes... El minero es un alma de oro con corazón de plata... No lo olvides...

... ..
No eran, no, las minas lo que atraía a Rubén en aquellos días de vida campestre...

Su padre hubiera tenido mucho que decir a este respecto y a buen seguro que hubiera desaprobado, colérico, la conducta de su hijo.

Desde el día de su llegada, sólo una cosa le había preocupado, embargando todos sus sentidos y haciéndole olvidarse de cuanto le rodeaba: Maruja.

¿Era realmente amor lo que sentía por la muchacha?

¿O era uno más de los caprichos del señorito despreocupado, para quien los amores eran tan necesarios como el aire que respiraba?

No hubiera podido decirlo.

Entretanto se sentía querido y se dejaba querer.

Porque Maruja, sencilla y buena, se había enamorado de Rubén, con toda la fuerza y todo el arrebató de su primer amor.

Las frondas y los riscos, desde el pico más alto de las prolíficas montañas, hasta el último rincón del valle esplendoroso, supieron de sus juramentos interminables y del dulzor de sus caricias...

Correteaban de aquí para allá de la aurora a la noche, a pie y a caballo...

En una de estas excursiones llegaron con sus jumentos a orillas del cauce del río.

Se apearon los jinetes y fueron a sentarse frente a un remanso, cogidas las manos y cruzándose las

miradas en un laberinto de promesas.

—¡Viviría a tu lado toda la vida!—murmuraba Rubén.

Y en aquellos momentos era sincero en la oferta de una vida feliz e interminable.

—Pero tu padre no querrá que sigamos queriéndonos—dijo ella, quejumbrosa, juntando su cuerpo al de él y recorriéndola un escalofrío de pies a cabeza—. ¡No puede vernos!...

—¡Te juro que venceré todos los obstáculos por duros que sean! ¡Mis amores han de ser más fuertes que todos sus odios! Digo... si tú quieres...

—¡Tonto!...

¿Qué iba a decir la infeliz, si desde hacía unos días no comprendía que saliesen el sol y la luna más que para ser testigos mudos de su felicidad?

Y las entrevistas menudearon y ya no sólo fueron de día, ni platónicas, sino de noche, sin testigos y de las que acaban mal...

Aquella misma noche, Rubén llegó hasta los alrededores de la finca.

Maruja, que no dormía, le vió llegar tras los cristales del balcón

de su alcoba, medianera de la de su padre.

De puntillas, fué hasta la alcoba de éste, abrió la puerta y miró...

Don Rodrigo dormía plácidamente...

Maruja se echó un abrigo sobre los hombros y bajó presurosa la escalera.

Al pie de ésta la esperaba Rubén, que la estrechó tembloroso entre sus brazos.

—Tengo miedo, Rubén... ¡Si nos vieran!—murmuró la pobre, labio a labio.

—¡Y quién va a vernos, tonta!—la tranquilizó él—. A estas horas todos duermen. Además, sólo hablaremos un rato...

Maruja se dejó convencer fácilmente.

¿Cómo no, si estaba loca de amor y sólo bebía la poca razón que parecía quedarle en los labios adormecedores del gulán?

¡Nadie les vería!... ¡A aquellas horas todos dormían!...

Y no, no dormían todos...

Juan Antonio, el cabrero, no dormía...

Oculto entre la fronda devoró en silencio sus celos y su odio y sus ojos fueron testigos retorcidos de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

los besos, de las caricias sin fin de los enamorados.

—¡Esperaba este momento con un ansia!...—decía Rubén.

—Mira la luna—murmuró Maruja, viendo sus juegos de plata en las aguas del arroyo.

—Hasta ella nos tiene envidia... Es una verdadera noche de amor...

—Noche de ensueño—suspiró, embriagada de dicha, Maruja.

—De ensueño, no. De la única verdad de la vida, el amor...

¡Qué bien hablaba aquel hombre! ¡Maestro en el decir dulzón, tras sus excursiones nocturnas de la ciudad y su asistencia a la escuela de la caricias, Rubén acariciaba a las mujeres sólo con la vista!...

Y... claro...

¡Pobre Maruja!

... ..
Cuando no estaba con él, se quedaba pensativa...

Ya no reía...

Miraba a lo lejos, como si esperara algo...

Tal vez el regreso de aquello a lo que diera suelta, para no volver, en una noche de luna...

¿La querría siempre?

¿Serían ciertas sus promesas?

Y llenaba sus labores automáti-

camente, sin ver lo que hacía, obsesionada por el fantasma de la dicha...

Así se lo dijo su padre, en el corral, cuando las gallinas picoteaban a su alrededor, mientras ella las daba el grano:

—Maruca... He notado que hace unos días estás triste, como si te pasara algo... ¿Qué tienes?...

—¿Qué quieres que tenga, papá-sito?... Nada... Nunca fui tan feliz...

Y para convencerle desgranó una sonora carcajada que hasta las gallinas cacarearon envidiosas.

Sentóse don Rodrigo a su lado, en uno de los poyetes de la escalera y cogiéndola ambas manos, la dijo, acariciándola con la vista:

—Eres igual a tu madre... Buena... sencilla... ¿Te acuerdas de ella?

—Sí... apenas...—contestó dubitativa y notando que la emoción iba ganándola el alma—. Era tan pequeña cuando me faltó... Pero recuerdo que, como tú dices, era muy sencilla y muy buena... Quisiera parecerme a ella, padre...

—Y no te pesaría, hija mía... mi Maruca... Me dolería mucho que te apartaras de mí. Quisiera verte

casada con un hombre de estas montañas, trabajador y honrado...

Quedóse un momento pensativo y añadió como si hablase consigo mismo:

—A veces... Anoche soñé que se te llevaban lejos, muy lejos... Te habías enamorado de un hombre que no era de aquí y que, egoísta de su cariño, te robaba a mis brazos de padre...

Callaron ambos y una tristeza infinita extendió sobre ellos sus alas.

—Yo también sueño a veces...
—dijo Maruja con un suspiro—, Anoche mismo tuve un sueño delicioso...

—¡Malo, hija!... Cuando las mujeres sueñan, sueñan amor... Amores pasajeros, fugaces, falsos... traidores... Créeme, Maruja, el único amor bueno es el de los padres...

“Amores falsos...”

“Amores perjuros y traidores...”

Zumbaban las palabras en sus oídos como el graznar de un bicho agorero.

¿Tendría razón su padre... que nunca se equivocaba?

Maruja había inclinado la cabeza sobre el pecho y tenía los ojos clavados en el suelo...

¿Por qué sintió frío en aquella luminosa mañana de estío?

¡CANALLA...!

Realmente las cosas habían ido más lejos de lo que él pensara...

Paso a paso, sin reflexión, a ciegas, había ido adentrándose en aquel laberinto del que ahora no sabía cómo salir.

¿Amaba de veras a Maruja?

¿Era aquello el amor de que tantas veces le hablara su viejo servi-

dor de Méjico, al regreso de sus zambras nocturnas?

Lo cierto es que se hallaba en un callejón sin salida.

De una parte Maruja, con sus encantos, con su cariño ciego, le estaba a las montañas luminosas y algo en su interior le incitaba a prolongar su estancia indefinidamente.

De otra recordaba las palabras de su padre al despedirle:

—No te recomiendo más que una cosa: no tengas trato con don Rodrigo, el dueño de la finca Lucía: ¡le odio!

¿Cómo iba a decirle que estaba enamorado de su hija?

Y si no se casaba... ¿qué hacer? ¿Seguir los amores indefinidamente? ¿Dejarla?

Su padre aprobaría esta conducta, pero don Rodrigo, hombre violento y entero, le mataría...

¿Qué hacer?

Aquella noche no pudo dormir y durante el día vagó por los alrededores del poblado como un alma en pena, hablando a solas y pidiendo consejos hasta a las piedras...

Quien acabó de decidirle fué su secretario, que tenía más miedo que vergüenza.

—Yo que usted, don Rubén... me marchaba... Ese tío, si se entera, es capaz de matarle... y matarnos a los dos... Y se enterará... Usted cree que nadie lo sabe y está enterado todo el mundo...

—¿Lo crees?—preguntó ansioso el hijo de don Ricardo.

—¡Ni que estuvieran ciegos! ¡Si

les ha metido usted por los ojos sus amores, señorito!

—¡Es verdad! ¡Estaba loco...!

—¿Y me parece que todavía no está cuerdo...!

Tenía razón aquel hombre. Aquello era una locura y había que acabar con ella fuera como fuera...

Y entre ambos hicieron los preparativos de la fuga.

El secretario quedó encargado de prepararlo todo para aquella misma noche. Precisamente era el cumpleaños de Maruja y, para festejarlo, se había preparado una fiesta magna en la finca Lucía, a la que estaban invitadas todas las personas de viso de los alrededores.

Nadie se acordaría de ellos hasta el momento de la fiesta.

Tenían tiempo de sobra...

Rubén se paseaba nervioso de un lado a otro de su alcoba, espiando hasta los menores ruidos, mientras aquel hombre daba los últimos toques a la fuga.

Por fin llegó el momento.

Entró su cómplice.

—¿Está todo listo?—preguntó Rubén sin poder contener su temblor nervioso.

—Todo... Los caballos a punto...

—¿Se ha enterado alguien de tus maniobras?

—No. Están demasiado entretenidos con la fiesta del cumpleaños de Maruja...

—¿Es verdad!... ¡Es hoy!—suspiró Rubén, mientras una nube de tristeza ensombrecía su rostro, de ordinario tan alegre.

—¿No le duele dejar a la chiquilla?—preguntó el secretario, que empezaba a arrepentirse de sus anteriores consejos.

—Sí... ¿A qué negarlo? No es como las otras mujeres que he conocido... Pero... No puede ser, no... Mi padre no querría... y el suyo es capaz de matarnos a los dos...

Se resolvió al fin, tras un momento de lucha interior.

—Anda, date prisa... Ve abajo y está pronto a todo... En seguida bajo...

—Le espero junto al río con los caballos...

—Bien...

Recogió rápidamente todas sus cosas, echó una ojeada a aquellos lugares que no pensaba volver a ver en su vida, y salió...

Bajó a tientas la escalera y ya iba a perderse en la oscuridad camino del río, cuando tropezó con Maruja.

—¿Maruja! — exclamó sobresaltado.

—¿Rubén! — contestó la muchacha echándole los brazos al cuello como si quisiera no soltarlo en la vida—. Rubén... No puedo sufrir esta situación... Lo saben todo... y lo saben todos ya... Me miran de una manera tan extraña... Papá no tardará en enterarse... Es necesario que le hables... Así no podemos continuar un momento más...

—No te apures, Maruja—trató de tranquilizarla—. Hablaré con tu padre y nos casaremos.

—¿De veras?

—¿Y por qué no, tonta?

—Hazlo, Rubén... Nuestra situación es imposible... Si padre se enterase de lo que ha pasado, me mataría y te mataría.

Tembló el cobarde, pero repuso al punto y, tras de besarla en los labios, la dijo:

—Mañana mismo hablaré con don Rodrigo.

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro—mintió el canalla.

Y para que el desasosiego de ella no pudiera venderle en el momento decisivo, añadió:

—Ve a tu casa, que no tardaré,

Maruja... ¡Cómo vamos a divertirnos esta noche!...

Se separaron.

¡Pobre muchacha!...

Ella vió marcharse con pena, como si el alma toda se fuera tras ella.

Pero, en fin, ¿qué culpa tenía él de que le quisieran las mujeres?

Y acariciando este pensamiento cínico, se encogió de hombros y se dirigió presuroso hacia la orilla del río...

Basilio, el mayordomo de don Rodrigo, y su hijo, preparaban en aquellos instantes la mesa del banquete, que había de celebrarse en la finca Lucía, para festejar el cumpleaños de la hija del amo.

Su conversación, mientras estaban ocupados en esta faena, versaba sobre lo que ya era la comidilla de todo el mundo: los amores de Maruja y Rubén.

—Temo que esto se acabe de mala manera—decía Basilio.

—¿Por qué, padre?— preguntó su hijo sorprendido—. Si se aman... el padre acabará por ceder... y tendremos boda.

—¿Lo crees así?

—¿Y por qué no?

—¡Hum...! Me da mala espina...

Rubén es un señorito juerguista... y además es hijo de su padre.

—¿Luego supone usted?

—Que el día menos pensado da media vuelta... y si te he visto no me acuerdo...

—¡Pobre don Rodrigo! —exclamó el hijo como respondiendo a una voz interna.

—Eso es lo que más temo—contestó sin darse cuenta su padre—. Si se entera... que no tendrá más remedio que enterarse... va a haber tragedia...

—¡Calle usted, padre, que ahí viene!

Efectivamente, don Rodrigo salía en aquel momento de la capilla con el cura.

Habían estado estudiando unas obras que el amo de la casa quería que se efectuasen en el recinto sagrado.

Don Rodrigo se acercó a la mesa y preguntó a Basilio y a su hijo:

—¿Todo listo?

—Sí, señor...

—¡A ver! ¿Os acordasteis de mis instrucciones? ¿Sabéis el orden de colocación de los invitados?

—Sí, mi amo...

—Aquí me sentaré yo... Aquí Ma-

ruja... En esta silla, a su lado, Niño Rubén...

Padre e hijo cambiaron una mirada.

Don Rodrigo, que aquella noche estaba realmente contento, ni se dió cuenta siquiera.

Dió las últimas instrucciones y salió al encuentro de los invitados que empezaban a llegar en aquel momento.

La fiesta prometía ser un acontecimiento.

La presencia en el poblado de Rubén, había hecho que Maruja y su padre echaran el resto, como vulgarmente se dice, en los preparativos.

Hasta se había contratado la mejor orquesta de los alrededores y en la cocina andaban como locos preparando guisos y más guisos.

El amplio comedor, adornado con plantas y arbustos, parecía un inmenso jardín.

Por él paseaban ya en espera del momento de la cena, los invitados de don Rodrigo.

¿Si éste se hubiera detenido a escuchar las conversaciones de sus huéspedes!...

—¿Qué contenta está Maruja es-

ta noche!...—decía con risilla gustosa una de sus amigas.

—¿Pues sí que tiene motivos...! —rió la otra—. No reirá lo mismo dentro de unos días... Porque ése la deja...

—Y como se entere el padre...

—¿Vale más no hablar!...—contestó su compañera santiguándose.

—¿Y dices que de noche...?—decía una.

—Y de día... Le han visto entrar en su alcoba...

—¿Mira la mosquita muerta!...

Maruja, entretanto, iba de un lado para otro inquieta y desasosegada.

¿Dónde estaría Rubén...?

Hacía más de una hora que lo dejara junto al río y no llegaba.

Y los invitados la miraban con una insistencia...

La pobre muchacha contestaba automáticamente a las felicitaciones de los que iban llegando, y, en cuanto la dejaban libre un momento, iba hasta el rellano de la escalinata y oteaba nerviosísima la noche, en espera del amado...

—¿Por qué no estaba allí ya?

Tuvo miedo.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Se estremeció de pies a cabeza.
¿Un presentimiento?

—Don Rubén y su secretario se han ido del pueblo—decía Basilio a dos de las invitadas.

—¿Que se han ido? ¿Adónde? preguntó una de ellas intrigada.

—Indudablemente a Méjico.

—¿Y quién se lo dijo?—indagó la otra, cuya curiosidad femenina había llegado al rojo vivo.

—Juanote... que los vió coger el tren...

—¿Y Maruja lo sabe?—preguntó la primera.

—Ni me atrevo a decírselo...—murmuró scondojado Basilio.

—No quisiera estar en su pellejo...—exclamó una de las muchachas.

Un minuto después, la noticia había corrido por toda la casa como un reguero de pólvora...

Y ocurrió algo extraño.

Conforme se iban enterando los invitados de la fuga de Rubén, como temiendo a una tormenta empezó el desfile...

Basilio se creyó en el caso de poner en conocimiento de su amo la marcha de Rubén.

—¿Y por qué se ha ido de esa

manera, sin despedirse?—preguntó extrañado don Rodrigo.

—No sé, mi amo... Tal vez algún recado urgente.

Don Rodrigo se encogió de hombros.

—En fin, allá él... No por eso vamos a suspender la fiesta. ¿Está todo listo?

—Sí, mi amo.

—Pues avisa en la cocina que vamos a empezar.

Pero al volverse para advertir a sus invitados que iba a empezar la cena, don Rodrigo se quedó como petrificado.

Apenas si había ya en el salón la mitad de las personas que momentos antes llegaran.

Y el desfile continuaba...

—Perdone, don Rodrigo, pero nos vamos...

—¿Por qué?—preguntó don Rodrigo a su interlocutor, uno de los personajes más encumbrados del poblado, que se dirigía hacia la puerta con sus hijas.

—Es demasiado tarde...

Don Rodrigo empezó a inquietarse.

—Pero... ¿por qué se va todo el mundo?—preguntó a Basilio.

—No sé, mi amo...

—Y tú, Maruja—sñadió volviéndose a su hija, que pálida como una muerta seguía con ojos estáticos aquella retirada de mal agüero—. ¿no sabes nada?

—No, papá—suspiró apenas la cuitada.

A sus oídos había llegado también la infausta noticia.

Rubén, al que dejara poco antes junto a la escalera, cuando la había prometido hablar con su padre y casarse con ella, se había ido del pueblo... y se había ido para siempre.

—Pero ¿por qué se marchan todos, Basilio? — repetía don Rodrigo, que poco a poco iba montando en cólera.

Basilio guardó un silencio embarazoso.

No se atrevía a levantar la vista del suelo.

Tenía miedo a que estallara la tormenta que se cernía amenazadora sobre aquella casa.

Don Rodrigo asistía a la retirada de los últimos invitados, que salían del salón murmurando torpes excusas al hallarse ante él.

—Pero ¿por qué se marchan?... ¿Por qué se marchan?—gritó casi don Rodrigo cogiendo a Basilio por

un brazo y zarandeándolo brutalmente.

—No sé, mi amo—repetía una y otra vez Basilio, que tenía verdadero pánico a decir la verdad.

—¡Habla! ¡Te lo ordeno!—gritó ya fuera de sí el padre de Maruja.

Esta, al ver a su padre de aquella manera, muerta de miedo y de vergüenza, aprovechó un momento de descuido para ganar la puerta y llegar a su cuarto.

Una vez en éste, la infeliz dejóse caer de bruces en la cama, rompiendo en sollozos desgarradores...

—¡Se ha ido! ¡No me quiere!—sollozaba la pobre—. ¡Era mentira su cariño! ¿Qué va a ser de mí, Dios mío?

¿Y su padre? ¿Qué diría su padre?

Maruja tuvo miedo.

Incorporóse y fué hasta la imagen que presidiera hasta entonces sus rezos de virgen:

—¡Virgencita mía! ¡No me desampares! ¡Dame fuerzas para contenerme, cuando esté a solas con él! ¡Virgencita, virgencita... mía!

... ..
—¡Por última vez, Basilio! ¿No sabes nada?

—Nada, mi amo...

—¿De veras?

—Se... lo... juro... señor—tarta-mudeó el mayordomo más muerto que vivo.

—¿Y tú?—empezó a decir don Rodrigo volviéndose hacia donde poco antes estaba Maruja.

Se quedó atónito unos segundos y como si de pronto entrase la luz en su cerebro entontecido hasta entonces, exclamó con los ojos inyectados en sangre:

—¿Y mi hija? ¿Dónde está mi hija? ¡Maruja, Maruja!

Y como un loco, frenético, descompuesto, echó a correr pasillo adelante hasta llegar a la alcoba de la niña.

Abrió la puerta de un manotazo y se quedó como petrificado en el umbral.

Allí estaba la cuitada, caída como un guiñapo en un butacón junto a la cama y llorando a lágrima viva.

Como un autómatas, paso a paso, balanceándose como si estuviera ebrio, avanzó hacia ella.

Se inclinó sobre la mártir.

Toda su furia había desaparecido repentinamente ante aquel dolor tan hondo.

—Maruja... hija mía—gimió el pobre hombre—. ¿Por qué lloras?

Y sus manos temblorosas se posaron sobre su cuerpo y acariciaron sus cabellos.

No contestó Maruja.

¿Cómo decirle?

—Maruja. No llores. ¡Háblame, te lo pido por tu madre!

Un momento se debatió la desgraciada, luchando con el dolor y consigo misma y al fin, incapaz de dominarse e incapaz al mismo tiempo de una confesión más explícita, trató de arrojarse a sus pies, gimiendo dolorida:

—¡Perdón, papá!

Don Rodrigo lo comprendió todo.

La tristeza de su hija en días anteriores. Sus continuas distracciones. Su preocupación que él sorprendiera más de una vez. Y aquella noche, la marcha de Rubén, la fuga... sí, *la fuga, no podía dársele otro nombre*, de sus invitados.

—¡Me has deshonrado! —apostrofó poniéndose violentamente en pie y en alto las manos amenazadoras.

Pero el gesto quedó en suspenso.

No se atrevió a descargar el golpe. No podía pegarla, no...

¡Era Maruja, su Maruja... y era desgraciada!

Se dejó caer en una silla, roto, deshecho por aquel golpe que era para él peor que la muerte.

—¡Ya te lo decía yo, Maruca!... ¡El único amor es el de los padres!

—¡Perdón, papá, perdón! — seguía sollozando la mártir.

Don Rodrigo la miró compasivo.

Comprendió el inmenso dolor de su alma. Era una niña y no había cometido más delito que amar a un mal hombre.

—¡Canalla!—rugió acordándose de quién tenía la culpa de aquella felonía.

—¡Padre! — suplicó Maruja abrazándose a sus rodillas.

—¡Levanta, hija mía, levanta!... ¡Has pecado y no puedo maldecirte!...

—¡Perdón, papá! ¡Le amaba... y le creí bueno!

—¡Ya te lo decía yo, Maruja!— repitió don Rodrigo acariciándola.

—¡El corazón de un padre no puede odiar, sino amar!

¡MADRE!

Lencho estaba contentísimo.

La marcha de Rubén había vuelto a entregar en sus manos el negocio de las minas, de las que casi llegaba a creerse el dueño absoluto.

Hasta empezaba a instruirse, para cuando todo aquello fuera suyo. Y escribía.

Es decir, garabateaba unos palotes retorcidos en una hoja de papel.

—¿Qué hace, Lencho?—le preguntó Tomada acercándose a él.

—Aprendiendo. Hay que prepararse para el mañana, vieja...

—¿Prepararse?

—Sí, vieja. El compadrito, después de su última faena con Maruja, no volverá a aparecer por aquí, y en cuanto al viejo...

—¡Pobre! — murmuró Tomasa con tristeza.

—¿Quién?

—Maruja...

—¡Bah, bah! Si ella no hubiera querido, mi compadrito no se hubiera alzado con la finca—rió desvergonzadamente el capataz.

—Pues no está bien eso, no está bien.

—¿Y qué sabéis las mujeres de lo que está bien o de lo que está mal?... Ya sabéis cómo somos los hombres...

—De todos modos. ¿Qué va a hacer ahora esa infeliz con el hijo a cuestas?

—Eso es lo que lo ha echado a perder—murmuró Lecho torciendo el gesto—. Si no hubiera sido por el hijo... hubiera habido sospechas, pero nada más, y como es rica...

—Todos sois iguales—rezongó Tomasa.

—Bueno, vieja, déjate de historias... ¿Sabes una cosa? —siguió cambiando de conversación—. Estoy muy contento... La plata va suhiendo.

Como si hubiera oído su tintineo, Tomasa olvidó a Maruja y su desgracia y preguntó con un relámpago de avaricia en los ojos:

—¿Cuánta tienes ya?

—Veinticinco talegas.

—Ponlas a mi nombre en el banco... para los chicos...

—¡La mitad no más, vieja! Ya me lo decía mi padre: a las mujeres, ni todo el amor, ni todo el dinero...

Era cierto.

Maruja era madre.

Aquello fué el trueno gordo que acabó por desencadenar la tormenta de envidias, de murmuraciones.

Nadie se acercaba por la casa.

Maruja se encontraba sola, aban-

E L

donada.

No, abandonada, no.

Durante todo el embarazo y ahora, ante la realidad dolorosa, su padre no la abandonaba un momento.

No se acordaba de su deshonra,

pensaba que era padre y todo su cariño habíase centuplicado en la desgracia.

Descuidaba sus negocios, no acudía a sus minas, no salía de casa.

Se pasaba horas y horas junto a la cama del angelito, emboñado, como prendido en aquel pedacito de carne sonrosada.

¡Pobre Maruja!

Era ahora cuando sentía más el abandono...

¡Madre, era madre, tenía entre sus brazos a un trocito de sus entrañas!

Y pensaba en el padre, al que no había dejado de amar un solo instante, a pesar de la rufianada que con ella hiciera.

—¡Si viera a su hijo! ¡Si lo viera, volvería!—pensaba.

Y a escondidas del padre, a escondidas de todos, Maruja escribió al ausente una carta y otra.

¡Con qué ansia esperaba al cartero!

Pero lo veía pasar todos los días ante la casona blanca sin mirar siquiera hacia ella.

Y aun encontraba una disculpa para el ingrato:

—¡No la habrá recibido! ¡Le escribiré otra vez!

... ..
... ..

Rubén, desde su regreso de las minas, no era el mismo.

Los primeros días, quizá para ahogar el remordimiento que su mala acción le producía, trató de aturdirse y sus orgías fueron más ruidosas y más sonadas que de costumbre.

Pero pronto pasó aquel arrebató.

Ya no se divertía bebiendo, ni le atraía el amor fácil de las mujeres.

Aquel otro yo que latía en su pecho—¿reminiscencias maternas?—salió potente a la superficie y Rubén se tornó triste, taciturno.

Huía de las gentes y se encerraba en sus habitaciones horas y más horas.

Lo que él creyera en un principio uno de tantos amoríos sin consecuencias, se había convertido en una pasión avasalladora.

Amaba a Maruja con toda su alma, cada día más.

Para ella eran todos sus pensamientos, todos sus recuerdos.

Pero temía a su padre...

Conocía su odio hacia don Rodrigo y hacía todo lo que de cerca o de lejos se relacionara con él.

Y calló... y siguió el abandono y

continuó el tormento atroz de su alma dolorida.

Al recibir la carta de Maruja en que ésta le daba cuenta de su situación y de su maternidad, creyó volverse loco.

Durante las primeras horas, aun durante días, le atenazó el deseo de salir inmediatamente para la finca Lucía.

Pero fué cobarde. Le tuvo miedo a su padre y aquellas vacilaciones suyas decidieron la suerte de Maruja y sobre todo la suerte del niño que iba a nacer.

Y fué tal el tormento, tal su angustia y sus congojas, que para ahogarlas y no pensar más, se entregó a una orgía desenfrenada que le mantenía fuera de su casa días enteros.

Cesó la ráfaga de locura.

Volvió a hastiarse de las mujeres que le rodeaban.

Y cayó de nuevo en la melancolía y rodaron otra vez, cuando se hallaba a solas, las lágrimas por sus mejillas.

En estos momentos de crisis espantosas se apostrofaba a sí mismo por cobarde y por traidor y llamaba a gritos a la muerte.

Su viejo criado, testigo en mu-

chas ocasiones, aunque testigo oculto, de aquellos arrebatos, dió cuenta al padre de lo que pasaba.

Al principio, don Ricardo se rió de la noticia y aun se permitió algunas bromas de mal gusto acerca de los que aman a cualquiera y se preocupan de cumplir sus deberes hacia "esas mujeres".

—¡Ya se le pasará! — dijo un día que el sirviente volvía a la carga, pidiéndole por Dios y por los santos, que pusiera fin a aquel estado de cosas que iba a acabar con la salud y con la vida de Rubén—. ¿Acaso vale la hija de ese tío el que nadie se muera por ella?

Pero pasaron los días, se acentuaron los síntomas de locura de su hijo y don Ricardo empezó a preocuparse.

No fiándose de las noticias que le daba el criado, empezó a espiar por su cuenta a Rubén.

Era cierto cuanto le dijeran.

Su hijo estaba realmente loco de amor por aquella mujer.

Le vió llorar, desesperarse; le siguió en sus paseos sin rumbo fijo, por las afueras de la población, suspirando, mirando a las estrellas y lanzando al viento suspiros que partían el alma.

—Habrá que tomar una determinación—pensó el padre—. Esto no puede seguir así... Capaz soy de ir allá y prender fuego a la finca Lucía, con todos sus habitantes. ¡Todo antes que perder a mi hijo!

Era ahora él el que preguntaba a cada momento al criado por el estado de Rubén.

—¿Cómo está?

—No levanta cabeza, señor —contestaba el criado con un pesimismo que ya constituía también en él una enfermedad.

Y aun resucitaba en el fondo de su alma el viejo rencor hacia su enemigo de siempre, hacia el padre de Maruja.

—Me gustaría ver qué cara pone aquel nombre. El se creía haberme vencido, pero ahora su hija ha tomado mi partido. Que se fastidie el muy... Y a ella le está bien empleado. Creía que mi hijo se había hecho para una...

—¡No hable así, señor! ¡Eso es tentar a Dios! ¡Qué culpa tiene la pobre muchacha!...

Calló asustado de haberse atrevido a decir tanto.

—¿Quién, ella?—gruñó don Ricardo—. ¡Bah, una mujercuela!

El viejo sirviente alzó sus ojos al

cielo en una protesta muda y se dirigió hacia la puerta.

No quería seguir oyendo a aquella lengua de víbora.

Pero al llegar a la puerta abrióse ésta y entró Rubén.

No parecía el mismo.

Pálido, desencajado, habíase convertido en uno de sus rasgos característicos, un rictus de amargura en sus labios, siempre dispuestos antes para la risa y la canción.

Andaba como si fuera a tientas, torpón, tropezando en los objetos y miraba a todas partes como alelado.

Su padre al verle, sintió un estremecimiento y alzándose de su butacón fué hacia él cariñoso y atento, como cuando era un chiquillo.

—¿Cómo está, Rubén?—le dijo poniéndole ambas manos sobre los hombros.

—Bien, papá —contestó Rubén con abatimiento.

—Te preparo una sorpresa, hijo mío, y una sorpresa agradable...

—¿Una sorpresa?—contestó Rubén sin salir de su estado de atonía.

—Te he comprado un auto soberbio. La última marca. Lo mejor que había en el mercado. Es un coche

que vuelva. Ya verás. Esta tarde van a traerlo y podrás probarlo cuando quieras. No habrá en todo Méjico quien teaga un auto igual.

Pero su entusiasmo, contra lo que había creído, no era comunicativo.

Rubén permaneció impasible.

Se veía a la legua que su pensamiento estaba muy lejos de allí.

Sólo por un momento pareció sacudir su modorra y hasta estaba ansioso al preguntar:

—¿Y cuánto se tardará con él en llegar a...?

—¿Adónde?— interrogó el padre, que temblaba de antemano por la contestación.

—A... ninguna parte — contestó Rubén encogiéndose de hombros—. De todas maneras no habrías de dejarme ir. Quédate con el auto, papá. Prefiero ir a pie...

—Vamos, Rubén, vamos—le dijo su padre con acento persuasivo, —no pienses más. Pronto olvidarás esas tonterías.

—¿Crees tú que son tonterías, papá?

—¿Pues qué van a ser sino? ¡Cómo si no hubiera en el mundo más

mujeres que esa!...

—¡Y tú qué sabes, papá!... De mí sólo sé decirte, que ahora que estoy lejos de ella, comprendo su amor. Soy el más ruín, el más miserable de los hombres.

—¡Pero, hijo!—exclamó su padre asustado del arrebató— Sóségate... tranquilízate... No vale una mujer lo que te estás atormentando.

—¡Canalla! ¡Soy un canalla; un ser despreciable y ruín! — repetía Rubén desesperado.

—¡Calma, hijo, calma! ¡No te desesperes de ese modo! ¡Ya verás cómo acabas olvidando! ¿Es que no hay más mujeres en el mundo?

—¡Como ella ninguna, padre!... Me costará la vida... ¡y moriré como un miserable!

Y estallando en sollozos salió del despacho dejando a su padre estupefacto.

—¡Esto no puede ser! ¡Hay que acabar con este estado de cosas, sea como sea!—exclamó cuando salió Rubén; y dirigiéndose al criado que continuaba con los ojos fijos en la puerta por donde saliera su amito, le dijo con tono imperativo—; ¡Haz lo que te he dicho... y en seguida!



... entonó la canción sentimental.



—¡Salvajete!



—No creí encontrar una rapaza tan linda...



¿Era realmente amor lo que sentía por la muchacha?



—Te juro que venceré todas las obstáculos.



—¡Esperaba este momento con un ansia!



—Hablaré con tu padre y nos casaremos.



—¡Qué contenta está esta noche Marija!



¿Por qué no estaba él
allí yo?



—El corazón de un padre no puede odiar, sino amar!



—¿Puede sobersa qué dessa, caballero?



—Dé una vuelta... Así...



—Eso te enseñará que tarde o temprano o fuerza de jugar con el
amar nos enamorzamos de veras.



—Llevarás mi maldición si así lo haces.



—... deshonró a su hija.



Por fin había llegado el momento de la felicidad.

EL ABUELO

Desde que Maruja diera a luz, se había operado un cambio radical en el carácter y en las costumbres de don Rodrigo.

Ya no sólo no salía de casa, sino que se pasaba los días enteros junto a la cuna de su nieto.

Lo miraba embobado y afirmaba muy serio que el chico le conocía y tomaba para él todas sus sonrisas.

Maruja, en medio de su tristeza, llegaba a veces a olvidar su abandono y se quedaba embelesada junto a la cuna de su hijo.

Su maternidad había acabado por borrar de la mente de su padre las ideas de odio y de venganza y era frecuente que hablasen del ausente, sin que surgiesen las protestas ni las palabras de cólera.

Realmente el chiquillo era una motada y justificaba aquel emboamiento.

—¡Hijo mío! — suspiraba conmovida Maruja, comiéndoselo con la vista—. ¡Mírelo, padre, es igual a él!

—¡No! — protestaba el abuelo. —¡Es igual a ti, igualito a ti, cuando eras chiquitina! La misma barbilla... y el hoyuelo... y los ojitos picaros. Y va a ser morenito y rosado, como tú...

Y al buen hombre se le caía la baba mirándolo.

Aquellas disputas sobre lo que iba a ser en lo futuro, acabaron por amoscar al angelito, que cogió de pronto una perra más que regular.

—¡No llores, precioso! — dijo el abuelo empujando a mecer la cuna.

—¿Quién te quiere a ti, vida? ¿Por qué lloras, encanto? — secundó Maruja ayudando a su padre en el movimiento.

Pero pronto volvió a sumirse Maruja en su tristeza habitual.

Miraba a su padre con una amargura infinita.

Le veía envejecido en poco tiempo y sin una queja, sin un reproche para ella.

Hasta parecía quererla más, ahora que la veía desgraciada.

Y por el chiquillo sentía verdadera ceguera...

Trató de consolarlo, de disculparse...

—¡Padre!—murmuró acogojada—. Yo le he deshonrado. He destruido su vida y la de mi hijo... Padre, perdóneme...

—¡Calla, mujer! ¡Mirale... igual a ti cuando eras chiquitita!—seguida diciendo el buen viejo mirando embobado a aquel pedacito de carne con ojos.

—¡Me ama más en mi miseria!—siguió diciendo Maruja—. ¡Oh, esto es horrible!

—¡Pero, cállate, mujer que vas a despertarlo!—la interrumpió don Rodrigo—. Y descansa, hija mía. Esta noche has estado otra vez sin dormir... Eso no puede ser. Descansa, duerme... ya me cuidaré yo de él. ¡Si ya somos muy amigos!... ¿Verdad que sí, rico? ¿Verdad que me quieres más que a tu madre?

... ..

Entretanto, allá en Méjico, el viejo sirviente de don Ricardo había cumplido el encargo de su amo.

A eso iba ahora, a darle cuenta del éxito de su gestión.

Llamó con miedo, como llamaba

siempre, a la puerta del despacho.

—¿Se puede?

—¡Adelante!—contestó una voz recia y autoritaria.

Empujó suavemente la puerta y entró en el despacho, también como entraba siempre, andando de puntillas, para amortiguar todo lo posible el ruido.

El padre de Rubén continuó escribiendo sin levantar la cabeza.

—Señor—empezó el viejo temeroso—, ahí está esa señorita... esperando...

—Que espere—contestó con rudeza el amo sin interrumpir su trabajo.

—Es que lleva ya media hora larga...

—¡Que espere!—repitió con más fuerza aquel ogro.

Pasaron unos minutos.

El criado apenas respiraba y sólo se oía a intervalos el ruido de la pluma al rasguear sobre el papel.

—¡Que pase esa mujer!—dijo al fin tirando la pluma y recogiendo los papeles.

—Es una señorita muy hermosa—le corrigió el viejo.

—¡He dicho que pase esa mujer!—repitió aún más rudo don Ricardo.

El criado bajó la cabeza temeroso y salió a cumplir el encargo.

Unos minutos después volvía acompañando a una "mujer", como dijera su amo, elegantemente vestida y dejando tras sí una estela de perfumes.

No engañaba la elegancia exquisita de su indumento.

En la cara y más aun en la manera de mirar llevaba impresa su profesión.

—Buenos días—dijo secamente don Ricardo.

—Buenos días—contestó la mujer, dejándose caer indolentemente en una silla y cruzando con una desenvoltura provocativa una pierna sobre otra—. Me ha mandado a llamar. ¿Puede saberse qué desea, caballero?

Don Ricardo, lejos de contestar directamente a esta pregunta tan cínicamente hecha, fué a la puerta y cerró ésta cuidadosamente.

Volvió luego hacia ella, examinándola en los más mínimos detalles, y la dijo como si estuviera hablando con un criado:

—Póngase de pie. Así... dé una vuelta. Bien. Siéntese.

El examen le dejó sin duda com-

plácido, porque en sus labios apareció una sonrisa imperceptible.

—¿Para qué me ha llamado?—volvió a preguntar la desconocida, mirando de hito en hito a su interlocutor y golpeando algo impaciente con el zapato en el suelo.

Don Ricardo empezó a hablar con una calma desesperante:

—Tengo un hijo.

—Ya lo sé.

—Se llama Rubén.

—También lo sabía—contestó la incógnita, como quien tiene prisa por llegar al final.

—Mi hijo, señorita—siguió impertérrito don Ricardo y arrastrando las sílabas de la última palabra, como si le costase trabajo pronunciarla—, está enfermo.

—¿De veras?

—Bueno... enfermo, no. Tiene una preocupación, que acabará por ponerle enfermo si se prolonga...

—¿Y qué es lo que yo puedo hacer en eso?—preguntó la entretenida encogiéndose de hombros.

—Precisamente ese es el motivo de su presencia aquí en estos momentos.

—Sigo sin comprender, caballero—murmuró la "dama", aunque

de sobra sabía a dónde irían a parar todos aquellos rodeos.

Y sabiéndolo y preparándose de antemano, empezó a ponerse seria.

Había que cotizar el esfuerzo que iban a exigirla.

—Su tipo de usted me gusta... Parece usted inteligente — articuló con flemma don Ricardo.

Y de pronto, como el que toma una resolución rápida, aunque ni una sola de sus palabras hasta entonces había dejado de entrar en su programa, dijo con una voz seca y cortante:

—La he llamado...

—¿Para qué, si puede saberse al fin?

—Para que distraiga usted a Rubén.

—¡Caballero!—contestó ella con una indignación perfectamente frígida e irguiendo el busto en ademán de reto—. ¿Por quién me ha tomado usted?

—¿Yo? Por nadie, hija mía. No veo que sea una ofensa lo que acabo de decirle...

—¡Me niego en absoluto a sus pretensiones, caballero! ¡Cómo si fuera una cualquiera! ¡Cómo iba yo a suponer!

Don Ricardo dejó que saliera li-

bromente aquel chaparrón de protestas y flemáticamente la volvió la espalda, fué hasta su mesa, se sentó en el sillón y cogiendo un talonario de cheques extendió uno por la suma de cinco mil pesos.

Con la misma calma desesperante, guardó el talonario en el cajón en que estuviera antes, se puso en pie, fué hasta donde estaba su visitante y la colocó el cheque sobre la falda.

Con una calma estudiada aunque la devoraba la impaciencia, miró ella el papellito y al delimitar la cantidad fabulosa, cambió por completo la decoración.

Apareció en sus labios una sonrisa indefinible, relampaguearon sus ojos y alzando la cabeza preguntó con el tono más melodioso de su voz:

—¿Qué decía usted que tenía que hacer?

Sonrió a su vez don Ricardo y preguntó socarrón:

—¿Se le pasó el enfado?

—Es que tiene usted una manera tan... genial de hacer las cosas...

Don Ricardo cogió al vuelo la palabra.

—Si tiene éxito — dijo —, seré más... genial aun.

—¿De veras?—exclamó ella poniéndose en pie y acercándose mimosa—. Siempre dije que las ramas son menos fuertes que los troncos. Es usted muy simpático y muy...

—Pues me parece — cortó en seco el padre de Rubén — que por ahora tendrá que conformarse con las ramas.

Hizo ella un mohín de disgusto y contestó:

—¿Qué le vamos a hacer? ¡Y es una lástima! ¿Qué hay que hacer?

—Ya se lo dije antes. Rubén está enamorado de una... mujer. Le ha dado por sentirse romántico y sentimental y hace una temporada que no hay manera de hacer carrera de él.

—Ya se lo hemos conocido... Está chalao...

—Pues es necesario que se le quite la chaladura. Y en usted confío para ello.

—Haré hasta lo imposible. Aunque no es como el padre—añadió mirándolo con ojos picarescos,—es interesante Rubén.

—En usted confío...

—Lolita.

—Pues hasta la vista, Lolita. Espero impaciente a ver los resultados de su gestión. Si alguna cosa imprevista se le ocurre, no vacile en comunicármela y veremos si sigo haciendo... *genialidades*.

Lolita abandonó el despacho radiante.

Por su parte don Ricardo volvió a sentarse murmurando:

—Si no cambia radicalmente ahora, es un idiota.

HA PASADO LA MUERTE

Maruja estaba inconsolable...
El abuelo parecía un espectro.
La desgracia se cebaba en aquellos dos seres, probándoles una vez

y otra con las amargas experiencias de una vida de dolores.

Después de un mes de sufrimientos espantosos, el pobre angelito,

que era para ellos la única delicia en aquella vida de tormentos, voló al cielo en una mañana de otoño tristonía.

Fue como una puñalada traidora para don Rodrigo.

En cuanto a Maruja, parecía anquilada.

No era ya ni la sombra de aquella muchacha alegre y reidora que un año antes era apenas una florecilla abierta a la vida.

¡Pobrecilla! ¡Y todo por un querer traidor!

Daba realmente pena el verlos y su dolor era tan intenso, tan a la vista de todos, contagiaba de tal modo, que aun aquellos que se apartaran de ellos a raíz de la caída de Maruja, acudían ahora a consolarlos, con lágrimas en los ojos.

En la finca Lucía, el llanto era el sonido que acompañaba el toque de horas.

Juan Antonio, el rudo cabrero, loco de amor por su ama, se mordía los puños de rabia.

A quien quería oírle le decía entre sollozos entrecortados:

—¿Ves esa casa? ¡Cayó sobre ella la maldición! No hay ahí más que lágrimas y tristezas. Y todo es culpa del otro... del oso... del oso

negro, del oso malo... que llegó un día y le clavó sus zarpas... Hay que matarlo... y si no lo mata el amo, lo mataré yo... aunque tenga que ir a buscarlo en el fondo de la tierra.

.....

Habían enterrado al débil cuerpito en el jardín de la casa.

El padre mandó construir un mausoleo soberbio y todas las mañanas y todas las tardes, padre e hija cubrían la tumba de flores, que ellos mismos recogían a brazadas...

Era aquél su único entretenimiento.

Eso y el hablar del ausente, del otro, del que se fuera cobardemente, del autor material y moral de toda esa catástrofe.

Maruja había conseguido que su padre oyese nombrarlo sin protestas.

Repetía sus palabras cien veces al día:

—Papá, cuando vuelva Rubén... porque volverá, me lo dice el corazón, tiene que encontrar la casa cambiada.

—¡Maruja!—suspiraba el padre, incapaz de protestar.

—Ya verás como vuelve. Tengo la seguridad de que la culpa no es suya. No habrá recibido mi carta... y no debe saber nada de lo que ha pasado. Porque Rubén no es malo, padre...

Y la desgraciada madre seguía cortando las flores más lindas para depositarlas en la tumba del que se fué para siempre.

Hablaban a la puerta de la capilla el buen cura del poblado y Basilio, el mayordomo de don Rodrigo.

—Ya hace más de un año que se fué — decía el cura tristemente—. Aquella huida sigue siendo inexplicable...

—Pues yo me la explico perfectamente—gruñó Basilio rencoroso.

—¿Qué sabemos, hijo, qué sabemos! No hay que hacer juicios temerarios. Rubén es algo loco, pero es bueno. Me consta.

—¡Hum!...

—Sí, es bueno, sí. Por eso me extraña más que no haya vuelto. Tal vez ni sabe siquiera que tuvo un hijo...

—De todos modos, padre, no quisiera estar en el pellejo de Ru-

bén. Don Rodrigo desde que murió el chiquillo no es el mismo, y aunque nada le dice a su hija, por no acongojarla más, algo rumía...

—¿Tú crees...?

—Y no me equivoco, padre. La tormenta se va espesando día a día. Ya sabe usted cómo es el amo... Cuando ocurrió aquello temí por la vida de Maruja. Por la del otro no sentía temor alguno. ¡Se lo había merecido, el muy...!

—¡Calla, Basilio! ¡Esas cosas no deben ni pensarse siquiera!

—Pero deben hacerse — gruñó entre dientes el mayordomo.

La conversación se interrumpió de pronto, de una manera inesperada.

—Por allí viene—dijo Basilio.

—¿Quién?

—Maruja...

—Es verdad...

—Vendrá a pedirla a la Virgen lo que la pide siempre...

—¿Qué la pide? ¿Cómo lo sabes?

—Porque más de una vez oí sus rezos. Le pide a la Virgen que lleve esa carta de Rubén que espera todos los días desde hace un año... y que no llega nunca.

—¡Pobre mujer!—rezó pesaroso

el cura—. ¡Que Ella la oiga y la dé lo que convenga mejor!

Llegaba, en efecto, Maruja, llena de tristeza.

Tras la visita a la tumba de su hijo, era aquella a la capilla la obligada de todos los días...

Pasó junto a los dos hombres sin verlos.

Empujó la puerta del recinto y una vez dentro fué hasta el altar y cayó de hinojos ante la Virgen de los Dolores...

Estaban sus rostros iguales, cuajados de lágrimas, lágrimas ardientes, que abrasan la piel y abren surco en ella...

Y de sus labios hinchados por la fiebre, iban saliendo como una música lacerante sus palabras:

—¡Virgencita mía! ¡Madre buena de los Dolores! ¡Escúchame... oye mis súplicas! ¡Tú que eres como yo soy ahora la madre del dolor... que venga, madre mía, que venga... para que lllore conmigo junto a la tumba de su hijito! ¡No me desampares, madrecita mía!

Y el llanto ahogaba sus palabras y ya eran sólo los labios los que se movían sin transparentar sonidos, mientras seguían el lenguaje doloroso los ojos, hundidos allá adentro, muy adentro, en la estancia de la pena eterna.

TODO INUTIL

Lolita había empezado inmediatamente su plan de campaña.

Todas sus artes de mujer seductora se pusieron en juego desde el primer momento.

Don Ricardo, aunque no de una manera ostensible, la ayudaba en sus designios.

Fuó él quien incitó a su hijo a

que se divirtiera, a que procurase olvidar a toda costa.

—Te estás matando, muchacho... No eres un hombre... Eso que tienes no deja de ser una manía—le decía insistentemente—. Trata de olvidar y verás como lo consigues.

—No lo creo, papá.

—Sí, hombre, sí. Precisamente

hoy ha estado a verme Alfredo. Sintió mucho no encontrarte. Me dijo que te esperaba sin falta esta noche en el sitio de costumbre. Dice que te prepara una sorpresa extraordinaria. ¿Irás?

—Si tú te empeñas—murmuró Rubén con indiferencia.

Ya a solas en su cuarto, decidió ir.

—Si... iré—se dijo—. No es que espere una sorpresa agradable... pero necesito aturdirme... y sobre todo cobrar ánimos, resolverme, porque yo así no sigo ni un día más... aunque se enfade mi padre, aunque proteste, aunque me eche de su lado. Mi amor es antes que todo...

Y fué...

.....

Don Ricardo sabía hacer bien las cosas.

Aparte de los cinco mil pesos que le diera a Lolita, había repartido el oro a manos llenas para que aquella juerga fuera de las que hicieran época y se puso al habla para ello con todos los amigos de su hijo.

El vasto salón estaba de hote en hote.

Se habían dado cita en él todas

las entretenidas de postín de Méjico.

Rubén, que, como sabemos, pretendía olvidar y revestirse de un valor de que carecía cuando estaba sereno, apuraba una tras otra las copas de champaña y al influjo del vinillo traidor se colorearon sus mejillas y floreció otra vez la sonrisa en sus labios.

Rodeado de mujeres contestaba como en sus mejores tiempos a las bromas y los dichos de unas y otros.

—¡Gracias a Dios que has vuelto, calavera!

—¡Mira el Don Juan!

—¡Qué, Tenorio!, ¿cómo te fué en aquella aventura de la finca?

—¡Bah! ¿Quién se acuerda de aquello?—murmuró Rubén, pasándose la mano por la frente como para alejar un recuerdo importuno y conteniendo a duras penas un estremecimiento...

Se alejó de aquellas charlatanas y miró en torno suyo con sorpresa.

Lolita, que hasta entonces había desempeñado a maravilla su papel, estaba allí solitaria en un rincón.

Fuó hacia ella y cogiéndola por un brazo, la dijo:

—Ven al piano, Lolita... Te voy a tocar un capricho...

—¿Un capricho? —preguntó ella clavando en él sus ojos como si quisiera penetrar en su cerebro.

—Sí—contestó Rubén entusiasmado—, la queja de un corazón que quiere olvidar...

Fueron hasta el piano y él, con un sentimentalismo emocionante, empezó a desgranar la melodía...

Era una música penetrante, enervadora, en la que cada nota era una queja...

Lolita le miraba, con curiosidad al principio, con frísteza después...

De pronto, y no pudiendo contenerse por más tiempo, viendo con claridad lo que no quería ver, que el pensamiento de aquel hombre seguía estando lejos, muy lejos de ella y de cuanto le rodeaba, abandonó su sitio junto al piano y salió a la terraza a aspirar el aire puro, que calmase sus nervios sobre excitados.

.....
 Cuando acabó de tocar, sonaron unos aplausos.

Ni los oyó siquiera.

Había tocado para él y no había otro mundo a su alrededor que sus penas, las que no tenían fin...

Buscó a Lolita con la vista y al no verla, se levantó con un gesto de cansancio y vagó como un sonámbulo de un lado a otro del salón.

Le hastiaba todo aquello.

Le asqueaba una vida que antes encontrara tan alegre.

Sin querer se acordó de aquellas palabras que le dijera una vez a su criado al regreso de una de aquellas orgías:

—“La vida es muy hermosa... ¡Da gusto seguir por ella y apurar cada día la copa del placer hasta la última gota!... El amor es la cárcel de los corazones locos!... Una sonrisa para cada día y una mujer para cada hora!...”

Así pensaba antes...

Pero ahora, ¡cuán distinto!...

Si el amor era una cárcel, él estaba, sin duda alguna, condenado a cadena perpetua...

¡No había, no, más que una mujer en el mundo y tenía razón su criado: el amor lo es todo en la vida de un hombre!...

Huyó del salón.

También necesitaba respirar una atmósfera menos viciada que aquella.

Y salió a la terraza, creyendo hallarse solo...

Su sorpresa fué grande cuando divisó acodada en la baranda, hundida la cabeza entre las manos, a Lola.

Lloraba la cuitada.

Redobló la sorpresa de Rubén.

—¿Pero es que estas mujeres saben llorar? — se preguntó como si se plantease un problema insoluble.

Y acercándose a su amiga, pasó una mano en su hombro, la obligó a alzar la cabeza y preguntó:

—¿Qué te pasa, mujer? ¿Tú tan alegre siempre... llorando?...

—No es nada, Rubén... Sentí deseos de estar sola, al oír tu capricho... ¿Qué bien tocas... y que bien debes sentir!...

Quedaron un momento en silencio.

Miraba él a lo lejos...

Veía el arroyo cantarín y los blancos paredones de la casona, bañándose en el río...

Recordaba una mañana luminosa de abril, en que se quedara deslumbrado ante la revelación de aquella niña, que había llegado a ser una mujer extraordinaria...

¡Maruca... su Maruca!...

Pasaron unos minutos.

Lola le miraba extrañada de su silencio repentino.

Por fin pareció volver de un sueño y volviendo a ella sus ojos, la dijo cariñoso:

—Dime tus penas, mujer... Tal vez yo, que sé lo que es sufrir, sepa consolar tu tristeza...

Lolita sonrió escéptica y tras una corta lucha consigo misma, se acercó a él hasta beber materialmente su aliento y le dijo en un susurro:

—¡Te amo con toda mi alma, Rubén!

Se apartó un poco y la miró como a una cosa rara.

Y sin embargo, aquella vez era sincera la vampiresa.

—¿Amarme a mí?—preguntó, incrédulo aun—. Hemos jugado muchas veces con el amor, Lolita... Lo sé... De aquella manera, lo comprendo... ¿Pero amarme así?...

—Sí, Rubén, sí... Yo acepté el encargo de tu padre...

—¿De mi padre?—preguntó él, prestando más atención a sus palabras.

—Sí... Fué tu padre quien me llamó para encargarme tu conquista... Quería que te distrajera, para que no pensaras en la otra...

—¡Ah, vamos!... Ahora comprendo su interés... Sigue...

—Y como te digo, acepté gustosamente... Yo te conocía hace tiempo, y me gustabas... pero como suelen gustarnos a nosotras los hombres... Eras alegre, rico, juerguista. Sabías beber y sabías bailar... Hablabas bien... ¿Por qué no aceptar una cosa que después de todo era una diversión y no me costaba nada... sino al contrario?...

—Además ¿te pagó bien?—preguntó él con una sonrisa maliciosa.

—No todo lo que debía—suspiró Lola—, porque lo que ha ocurrido no podíamos preverlo ni él, ni yo...

—¡Pobrecilla!... —se lamentó Rubén—. Eso te enseñará que tarde temprano a fuerza de jugar con el amor nos enamoramos de veras... A cualquiera le pasa, mujer...

—¡Quiéreme, Rubén!... ¡Soy muy desgraciada y solo tú puedes darme la felicidad!

Rubén se había puesto intensamente pálido y miraba a todas partes, como rehuendo la mirada de ella.

—Es verdad... A ti te parece que yo podría darte la felicidad... Si, tal vez, pudiera ser eso, pero... ¿cómo fiarte a ti una cosa que yo no tengo para mí, Lolita?...

—Si podías, sí—insistía ella, terca—. Olvida esas cosas... Vámonos de aquí... llévame lejos... muy lejos, donde sólo estemos tú y yo... ¡Te quiero Rubén, te quiero!

Y aquella mujer que vivía de sus risas y sus cantos, lloraba de veras en aquel momento...

Unos segundos, Rubén sintió el bochizo de aquel cariño, que se adivinaba tan fuerte y sus brazos llegaron a tenderse hacia ella...

Pero en aquel momento de debilidad sintió como si golpearan con fuerza a su corazón... y ante su vista cruzó rauda el reflejo de un paisaje, de unos rincones donde viviera las horas más felices de su vida y allí en el fondo, sobre el verde y junto al río, la imagen de ella, clara, obsesionante...

—¡Maruca!... —murmuró suspirando.

Y se sintió vacilar sobre sus pies y sus manos se agitaban en el aire como buscando adónde asirse...

Lola se acercó temblorosa y asustada.

—¿Qué te pasa?—preguntó poniendo el alma en sus palabras.

—No sé—se excusó él—. Será el efecto del champaña. Hacía tiem-

pa que no bebía... No estoy bien... Me sentaría bien el descanso...

Y dejándola junto a la baranda, se apoyó en el brazo de otra amiga que llegaba en aquel momen-

to, y huyó más bien que se marchó, de aquella infeliz que, como él, sentía el aguijón del amor... de aquel amor de que tanto se había reído en su vida...

EL HOMBRE QUE SE ENCUENTRA A SI MISMO

La experiencia de aquella noche, de la que tan buenos resultados esperaba su padre, hizo de Rubén otro hombre.

De regreso a casa, se sentía más dueño de sí, más fuerte, más decidido para la lucha.

Entró en su casa resuelto a poner término a aquella situación insostenible.

Llegó a su cuarto y después de despojarse de las galas del convite y cambiarse de ropa, fué a un mueblecito en el que guardaba la carta de Maruca, aquella carta que encerraba entre cuatro líneas mal trazadas, todo el dolor de una madre y la angustia de una amante abandonada y la leyó, la leyó una y otra vez, bebiendo materialmente las palabras...

Al cabo de unos momentos, tras aquella lectura febril y apasionada, Rubén alzó la cabeza en un gesto de rebeldía, se irguió cuan alto era y brillando en sus ojos un fuego de decisión, salió de su alcoba y echó a correr escaleras arriba en busca del despacho de su padre.

A pesar de lo avanzado de la hora, don Ricardo aun trabajaba.

Al ver a entrar a Rubén, suspendió su tarea y se le quedó mirando de hito en hito.

Más que la sorpresa por la visita a aquellas horas, le asustó el gesto de decisión que había en su rostro.

- ¿Había fracasado Lola?
- ¿Le habría hecho traición aquella mujerzuela?
- ¿Cómo volvía su hijo tan pronto?

Estas preguntas cruzaron vertiginosamente por su cerebro.

—¿Tú?—fué cuanto pudo articular pasado el primer instante de sorpresa.

—Sí, yo—contestó Rubén con firmeza—. ¿No me esperabas tan pronto, verdad?

—Francamente, no. Creía que estarías...

—Entre los brazos de esa vampiresa que habías alquilado para que me distrajera y me conquistara, ¿no?

—¿Qué dices, Rubén?...

—Lo que sabes demasiado. ¿Cuánto le pagaste a Lolita para jugar esa comedia, de la que la única que ha salido perdiendo ha sido ella?

—¿Ella?

—Sí, ella. Pero no es eso lo que importa, y no he subido aquí para tratar los asuntos de esa mujer, que después de todo maldito lo que importan. El objeto de mi venida es otra.

—¿Qué quieres decir?—preguntó don Ricardo, a quien asustaba la entereza de que estaba dando pruebas su hijo.

—¿Y aun me lo preguntas?...

—Si no te explicas mejor, seguiremos sin entendernos—contestó

don Ricardo que trataba de ganar tiempo, para ver si pasaba el arrebato de su hijo y éste volvía al terreno en que esperaba dominarlo, como tantas otras veces lo consiguiera.

—Sabes que amo a una mujer con toda mi alma, y que fuera de ella no hay nada para mí en el mundo.

—¿Y a un amor así sacrificas el amor de tu padre?

—No veo que tenga nada que ver eso con lo que estamos hablando. Se puede amar a una mujer, con el corazón y los sentidos, sin que por ello sufra en lo más mínimo el cariño que tengamos a nuestros padres...

—No pensamos de la misma manera.

—Desgraciadamente hace tiempo que estoy convencido de ello. Pero tengo entendido: el mantenerme apartado de Maruca, no es otra cosa que interponer un obstáculo en el camino de mi vida...

—No es un obstáculo caprichoso. Es que miro a tu porvenir... y no es en la finca Lucía en donde yo lo veo.

—Pues yo sí, y tanto lo veo allí, que te lo advierto lealmente: estoy

dispuesto a volver, cuéstemelo que me cueste.

—Llevarás mi maldición, si así lo haces.

—Dios juzgará.

Había tal resolución en las palabras de Rubén, se expresaba con tal energía, que don Ricardo tuvo miedo, por primera vez en su vida. Hasta entonces había dominado a Rubén con una palabra, con un gesto.

Ahora no. Ahora podía más en él el amor que el respeto y aun el miedo a las canas de su padre, que, ahora lo veía bien, eran las que lo habían contenido hasta entonces.

—Creo que no sabes lo que te dices y que todo esto es producto, nada más, que de una ofuscación.

—¿Y es también una ofuscación esto?—gritó Rubén sacando una carta del bolsillo y leyendo en alta voz:

“Mi hijo, nuestro hijo, ha muerto, Rubén, y lo he asesinado yo y lo has asesinado tú... Quiera Dios perdonarnos este crimen...”

—¿Crees que eso es una ofuscación? ¿Lo has oído bien?... Esa mujer que se me entregó creyendo en mi amor, en mi bondad, en mi caballerosidad, tuvo un hijo... un

hijo que era mío y al que yo abandoné... al que yo maté como un miserable... como un canalla...

Rubén paseaba frenético de un lado a otro del despacho y cuando se dirigía a su padre, parecía azotarle el rostro con la violencia de sus palabras.

Don Ricardo iba perdiendo poco a poco su arrogancia característica y hasta más de una vez acabó inclinando la cabeza y clavando las uñas en los brazos de su butaca.

—No puedo resistir más. He luchado conmigo mismo cuanto he podido, pero ahora es imposible. ¡Sé cuál es mi deber y no retrocederé ante nada!

—¿Qué piensas hacer?—preguntó don Ricardo intentando el último esfuerzo.

—Marcharme a finca Lucía.

—¿Lo has pensado bien?

—Sí. Marcharé en cuanto se haga de día.

—Vuelvo a decirte que a la grupa de tu caballo irá mi maldición. ¡Odio a ese hombre y no aceptaré nada que venga de él!

—¿Y a mí que me importa!—le lanzó al rostro su hijo—. ¡Podrá más mi amor que tus orgullos y tus odios estúpidos e interesados!

Al obrar así, no pienso en don Rodrigo, pienso en Maruca, en la madre de mi hijo, ¿lo oyes bien? ¡En la madre de mi hijo!... ¡Todo lo demás, te lo repito, tus odios y tus malos humores ni me importan, ni deben importarme!...

El postrer esfuerzo le agotó.

Acababa apenas de resonar en el despacho el último eco de su última palabra cuando Rubén rompió en sollozos incontinentes.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho y permaneció unos instantes anonadado.

Por su parte don Rodrigo no estaba menos emocionado que él.

Las palabras airadas de Rubén, le habían llegado al alma.

Comprendía, aunque tarde, que su hijo tenía razón y que él no había tenido en cuenta lo trágico que podía resultar para dos seres la prosecución de aquella venganza.

Por de pronto ya había costado la muerte a un inocente.

Cuando se calmó un tanto, Rubén se acercó a su padre y murmuró en voz queda, como si fuera su alma y no él quien articulara los sonidos:

—Perdón, padre, por lo que te he dicho... Estaba loco... Estoy

loco... Loco de amor y loco de pena... ¿Me perdonas?

Algo se había roto en el alma de don Ricardo.

Lejos de aprovecharse de aquel momento de debilidad, abrazó a su hijo estrechamente contra el pecho y le dijo con voz entrecortada:

—Tú eres el que tienes que perdonarme, hijo mío... Estaba ciego... Tienes razón... Ya ha pasado el tiempo de los odios y las venganzas... Que Dios me perdone el mal que he hecho... Ve allá cuanto antes... y pon paz de una vez en aquellos espíritus...

—Eres duro, papá, pero eres bueno —contestó Rubén cogiendo las manos de su padre y llevándoselas a los labios—. ¡Gracias!... ¡Gracias!... ¿Luego me dejas ir?

—Sí, hijo, sí... Y cuando quieras, puedes traer a tu mujer...

—¡Padre!...

—Y pídele en mi nombre a don Rodrigo, que me perdone... si es que aun puede perdonarme...

... ..
 ¡Con qué impaciencia esperó Rubén aquella noche a que viniera la aurora tan deseada!...

Después de ultimar con su padre los detalles del viaje y de re-

cibir unas instrucciones postreras sobre varios asuntos referentes a las minas, Rubén se despidió del millonario y corrió a encerrarse en su cuarto.

No podía dormir.

No era sueño, no, lo que tenía, sino un ansia loca de que llegase el día y montar a caballo y correr hacia la hacienda.

A los diez minutos de estar en su cuarto ya estaba vestido de pies a cabeza.

Todos sus preparativos duraron apenas unos minutos más...

Se paseaba febrilmente y asomándose a la ventana, miraba ansiosamente hacia el cielo y con los ojos parecía querer empujar a las estrellas.

Al ver luz en su cuarto tan tarde, entró el viejo servidor a preguntar si le ocurría algo.

—Sí, mi viejo... ¡Sí me ocurre una cosa... una cosa admirable! —exclamó Rubén con el rostro radiante.

—¿Y qué es ello, señorito?

—Que me marcho... que me voy a las minas... que voy a buscar a Maruca, para casarme con ella...

—¡Gracias a Dios!—exclamó el viejo, alborozado.

—¡Que estoy enamorado!... ¡Que estoy loco! ¿No preguntabas antes qué es lo que me pasaba? ¡Ya lo sabes... que estoy loco... loco de alegría!...

Y abrazó frenético al viejo, que murmuraba secándose las lágrimas con el revés del brazo:

—¡Gracias a Dios!... ¡Gracias a Dios! ¡Ya puedo morir tranquilo!...

—¡Tonto!... ¿Y quién habla de morir?... ¡Si es ahora cuando vamos a ser completamente felices!...

—¿Y tu padre?

—Convencido.

—¿De veras?—preguntó el viejo con un resto de incredulidad.

—Completamente convencido. Ahora es él el que tiene más interés en que llegue cuanto antes a síca Lucía...

—¡Quién lo creyera!...

—¡Y hay algo más, mi viejo!...

—¿Algo más?—preguntó el anciano servidor abriendo los ojos de par en par como si fueran a salirse de las órbitas.

—Sí... algo más y algo muy importante... Me ha encargado que le pida perdón en su nombre a don

Rodrigo! ¡Asómbrate, viejo!... ¡A don Rodrigo!

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... ¡Lo creo porque me lo dices tú!

Volvió Rubén una vez más a la ventana.

Aun era de noche y no había ni huellas lejanas de resplandor.

—¿Qué hora es?—preguntó al buen viejo que lo miraba como atontado.

—Las tres.

—¿Qué pronto! — exclamó con desaliento.

—¡Qué tarde, es lo que querrás decir! ¡Vamos, acuéstate, que el estar hasta tan tarde no puede sentarte bien!

—¿Acostarme?... ¿Pero estás loco? Lo que voy hacer ahora mismo...

—¿Qué nueva diablura se te habrá ocurrido, Rubén?

—No es diablura, no... Lo que voy a hacer es montar ahora mismo a caballo y sin esperar el tren, largarme a la finca al galope...

—¡Pero, hijo mío!—exclamó el buen viejo sujetándole cuando ya se disponía a ganar la puerta—, ¿Para qué vas a darte esa camina-

ta inútil, si aunque salgas ahora mismo, en el tren habrás de llegar más pronto?...

—¡Pues tienes razón!... ¡Es verdad!... Había perdido el control de las distancias.

—Es que, como se dice vulgarmente, con la gloria se te fué la memoria... Descansa un poco, que yo no me moveré de aquí y prometo llamarte con tiempo suficiente para que cojas el tren.

—No tendrás que llamarme, porque estoy seguro de no dormirme.

—Pero tendido en la cama descansarás un poco el cuerpo.

—Bueno, me echaré para no oírte gruñir más tiempo... Me echaré y charlaremos hasta que dé la hora.

Y Rubén se dirigió hacia la cama y se tendió en ella cuan largo era.

El criado sacó del armario una manta de viaje y lo tapó cuidadosamente.

Hecho esto, arrastró hasta la cama un butacón y se sentó a la cabecera.

Y hablaron, hablaron.

Rubén haciendo castillos en el

aire y el criado dándole consejos, como si fuera un chiquillo.

Hasta que empezó a filtrarse por los cristales la luz del sol...

FRENTE A FRENTE

Todo seguía igual en finca Lucía. Maruca, amor hecho carne e ilusión y esperanza, se mantenía sólo en la creencia del regreso de Rubén.

El era el objeto de todas sus conversaciones, de todos sus pensamientos, de cuanto hacía de la mañana a la noche.

Había preparado su silla, su sitio en la mesa.

Y le hablaba de él a su padre a todas horas, en todos los minutos.

Había conseguido hasta que el viejo se olvidase de la ofensa que le infiriera aquel hombre, y más aún, y esto sí que parecía inconcebible: de quién era hijo.

Seguían padre e hija sus visitas a la tumba del angelito.

Hasta las plantas del huerto, como si supieran lo que se esperaba de ellas, daban flores todo el año sin interrupción...

Ante la desgracia, ante el inmenso dolor de aquellos dos seres, el cura del poblado se pasaba las horas muertas en la finca, haciéndoles compañía y recomendándoles sin cesar resignación y confianza en Dios.

En la pacificación del espíritu de don Rodrigo tenía él, tal vez, la mayor parte.

.....
Aquella mañana, la misma en que Rubén maduraba en su cerebro la entrevista con su padre, la decisiva, la última, se hallaban en el hall de la finca don Rodrigo, el cura y Maruja.

Su padre engrasaba cuidadosamente su escopeta de caza.

No es que pensase cazar, es que ahora hacía con frecuencia muchas cosas de las que ni él mismo sabía la razón...

—Oye, papá—dijo de pronto Maruja—, para cuando vuelva Rubén habrá que arreglar el huerto...

—Dale con Rubén... — la interrumpió el cura—. Nadie te quita eso de la cabeza...

—Pues claro que no... Y vendrá... lo sé bien... Me lo ha dicho la Virgencita de los dolores...

—Cuidado, nena—dijo el clérigo amenazándola con el dedo—, que eso lleva trazas de ser una herejía... La Virgen no se mete en esas cosas...

—¿Qué sabe usted, padre?... —

—¡Niña!...

—Pues vendrá, sí, señor, vendrá y arreglaremos el huerto, ¿verdad que sí, papaito?

—Sí, hija, sí... todo lo que quieras... ¿Qué no haré yo para verte contenta... después de haberte visto llorar tanto?

Las últimas palabras casi no las oyó él mismo.

—Además, que ya sabes que me ofreciste perdonarle, ¿verdad, papá?

—Sí, hija mía, sí... Ya no me acuerdo de lo que me hizo...

Quedaron un momento en silencio.

Maruca, como loca, iba de un lado a otro, revolviendo los muebles, cambiándolos de sitio una y mil veces...

—Se me ha ocurrido una cosa pa-

ra que el huerto esté más bonito...

Se interrumpió de pronto y prestó oído atento a un ruido que venía de la calle...

Si... era el rumor de un carro...

Y aquel ruido lo conocía ella tan bien... ¡Llevaba tanto tiempo esperando que se produjese!...

—¿Han oído?—exclamó yéndose hacia la ventana—. ¡Es el carro... el carro del correo...! ¡Hoy sí que me traerá carta...! ¡Me lo da el corazón... y ése pocas veces me engaña...!

—Lo mismo me dices todos los días—murmuró el padre.

—Pero esta vez no va ser como las otras.

Y como una loca corrió hacia la puerta, la abrió dando un formidable portazo y bajó las escaleras de tres en tres...

Era efectivamente el carro en que el cartero traía el correo para las minas desde la próxima estación.

Maruca escuchó anhelante.

—Juan Rodríguez... — decía el cartero.

Acudía un minero y recogía el sobre dirigido a su nombre.

—Basilio Uarte... Celedonio...

—Todavía no...

Maruca daba saltos para dominar

los nervios y se retorció las manos hasta hacerse daño.

—¡Maruca...! ¡Niña Maruca...! —acertó por fin el cartero—. Una carta para ti... Hoy te has salido con la tuya...

No le oía.

De un salto se había precipitado a su encuentro y antes de que se diera cuenta el buen hombre de lo que pasaba, la carta había pasado de sus manos a las de la hija de don Rodrigo, que ya en posesión de su tesoro y agitándolo en alto como un trofeo empezó a subir corriendo las escaleras al tiempo que gritaba como una loca:

—¡De Méjico...! ¡De mi Rubén...! ¡Carta... carta...! ¡No lo decía yo!...

Una vez arriba se arrojó en brazos de su padre escandalizando toda la casa con sus alaridos de alegría.

—¡Padre... padre... carta de Rubén!...

Y volviéndose al cura, le dijo con una sonrisilla medio de triunfo, medio de malicia:

—¿Y ahora qué dice usted?... ¿Me engañó la Virgencita de los Dolores?

—Buena, mujer, bueno — murmuró el buen padre—. Puede que

tengas razón... después de todo, es Ella la que puede hacer milagros... Pero lee esa carta, porque si no no vamos a enterarnos nosotros, ni te vas a enterar tú de lo que dice...

Rasgó el sobre con manos temblorosas...

Durante unos segundos no pudo leer...

Cegaban sus ojos raudales de lágrimas, y tuvo que sujetarse con ambas manos el corazón que parecía querer salirse del pecho.

Por fin, con voz entrecortada por la emoción, pudo deletrear:

—“Maruca mía” ¡Nunca dejó de quererme...! ¡Ya lo sabía yo...! ¡Si él es bueno!...

—Bien lo dijo este cura — terció el bueno del sacerdote que por conocer a Rubén desde pequeño lo tenía ley—. No fué culpa suya... no... Pero sigue, mujer, que algo más dirá...

Don Rodrigo miraba a su hija con los ojos encandilados y apenas si podía contener un temblorcillo nervioso de impaciencia.

—¿Y dice que vendrá?— preguntó al fin con una voz tan tenue que apenas se oía.

—Sí... y nos pide perdón...

Don Rodrigo dió un suspiro y se pasó una mano por los ojos.

—Y se lo concederéis—afirmó el cura.

—¿Yo?—preguntó Maruca como si hubiese oído mal—. Y ¿qué tengo yo que perdonarle?

El cura y don Rodrigo cambiaron una rápida mirada.

—¡Hija mía, qué buena eres!... —parecía decir la de don Rodrigo.

En cuanto a la del ministro de Dios, expresaba:

—Un candor como el suyo merecía este premio de Dios... ¡Que él la haga tan feliz en adelante, como desgraciada ha sido hasta ahora!

A pesar de sus esfuerzos, Maruca no podía seguir leyendo.

Fué a la ventana y corriendo las cortinas de par en par, dejó que entrara a torrentes la luz cegadora del sol.

—¡Qué hermoso día!—exclamó el cura—. Ya era hora de que abricéis así, de par en par...

—Es que hoy—comentó con firmeza don Rodrigo—la luz del sol ya no tiene de qué avergonzarse...

No una vez, cien, leyó y relejó Maruca aquella carta tan esperada.

Representaba para ella la salida

de aquel abismo en que la sumiera su desventura: la vuelta a la vida...

Y no sólo la leyó hasta saberse-la de memoria, sino que se la leyó a su padre y se la hizo aprender también...

—Y dice que sale al día siguiente de escrita la carta. Luego... luego mañana estará aquí... Mañana, padre... ¿Me oye?... mañana...

—Sí, hija, sí... Mañana. Ya te he oído...

Maruca se le quedó mirando muy seria.

—Me ha prometido usted, padre —le dijo—, que no le refiría si volvía. ¿Cumplirá su palabra?

—Claro que sí, mujer... ¿No estás contenta?... Pues es lo único que ya me importa en la vida...

¡Con qué impaciencia iba a esperar Maruca el nuevo día!...

De pronto le asaltó una duda y corrió hacia su alcoba y se colocó frente al espejo.

Fué un examen detenido...

—¿No me habré vuelto fea?... ¿Seré para él lo que hace un año...?

Y con aquella ingenuidad infantil, que constituía el mayor de sus encantos, murmuró:

—¡Anda!... ¡Eso se me había olvidado pedírselo a la Virgencita de los Dolores...!

EL REGRESO

¡Qué hermoso estaba el cielo
aquella mañanita de mayo!...

¡Cómo brillaba el sol!...

Hasta las aguas en el arroyo pa-
recían entonar una canción distin-
ta al chocar con las piedras en su
regazo...

Desde mucho antes de amanecer
estaba en pie Maruca.

Hacia un año que no se miraba al
espejo, que no se componía, que no
se cuidaba de su persona...

Pero aquella mañana...

¡Con cuánto cuidado se vistió con
sus ropitas mejores y peinó la mata
azulada de sus cabellos!

—¡Venía él!...

¡Iba a llegar de un momento a
otro!...

Y ahora era de veras... estaba es-
crito... lo decía su carta, aquella
carta que durmiera toda la noche
sobre su pecho agitado por la emo-
ción.

Si no fué mil veces de la cama a
la ventana, de la ventana al espejo
y del espejo a la ventana, no fué
ninguna.

El menor rumor la sobresaltaba.
—¡Ya está ahí!...

Y sacaba otra vez el cuerpo hacia
fuera, escudriñando en las sombras,
como queriendo taladrarlas en fuer-
za de persistencia en el mirar.

Nada. No veía nada. Era pronto.

Se sentaba, se levantaba, vol-
vía a sentarse.

Hasta una vez, inconsciente, sin
saber lo que hacía, saliéndosele la
alegría a los labios, llegó a tararear
una copla.

Y después de todo, ¿por qué no
había de estar contenta?

Cuando empezó a clarear la auro-
ra allá en la confluencia del cielo y
las montañas, Maruca salió de su
cuarto y se fué hacia la escalera.

Su padre, que tampoco había dor-
mido aquella noche, la preguntó ex-
trañado:

—Pero ¿adónde vas, muchacha?

—Al huerto, papá... Vuelvo en
seguida.

Un minuto después cortaba cuan-
tas flores hallaba a mano y hacía

casi desaparecer bajo un montón informe la tumba de su hijo...

—Para que no le dé tanta pena. Viendo las flores, quizá no llore—murmuró.

Terminada aquella ceremonia que tenía la solemnidad de las cosas que hace el corazón independientemente de los demás sentidos, subió a la casa y volvió a ocupar su atalaya en la ventana.

Salió el sol.

Se acercaba la hora.

Y eran ahora padre e hija los que miraban impacientes a la lejanía.

Cualquier cosa, una ráfaga de aire que levantaba una nubecilla de polvo allá en un recodo del camino, les hacía prorrumpir en gritos de júbilo.

Por fin llegó el momento tan ansiosamente esperado.

—Ahora sí...ahora creo que sí... —exclamó el padre, aun dubitativo y no queriendo dar crédito a sus ojos para evitar el centésimo fracaso.

—¡Sí, papá, sí! ¡Aquella nube de polvo! ¡Mira cómo crece... y se ve un bulbo!...

—Sí, Maruca, sí... ahora sí...

—¡Es él... es él... es él! —gritó como una loca Maruca,

Y a saltos, casi volando, bajó la amplia escalinata y emprendió una carrera desenfadada carretera adelante.

—¡Rubén! ¡Rubén — iba gritando a pleno pulmón.

—¡Maruca! ¡Maruca! — le contestó una voz en la que iban envueltas ansias infinitas.

Sin esperar a que el caballo parase saltó al suelo y corrió hacia ella como un loco.

—¡Maruca!

—¡Rubén!

Estaban el uno en brazos del otro. Lo pasado parecía ahora un sueño, un sueño doloroso y sangriento, pero un sueño al fin y al cabo.

¡Así es la vida!

Cuando pudieron hablar, cuando sus pechos jadeantes hubieron recobrado un tanto su equilibrio, murmuró él:

—¿Me perdonas, Maruca? Si tú supieras...

—Y ¿qué tengo que perdonarte? —contestó Maruca repitiendo aquella frase que tanto conmovió al buen cura.

—Mi huida... mi engaño... el no haber vuelta... y lo otro—terminó con una voz que a él mismo le dió miedo.

—No pienses en nada de eso, Rubén. Piensa que estás a mi lado y que ahora será para siempre.

—¡Oh, sí, para siempre!

Emprendieron el camino de la casa, contándose al detalle lo pasado.

Enteróse él del nacimiento de su hijo... de cómo era... de cómo enfermó y se lo llevó Dios...

—Toda mi vida pesará sobre mí ese recuerdo—gimió Rubén.

—¿Tienes acaso la culpa de que se muriera? ¡Cuando Dios se lo llevó... El sabría por qué!

Le tocaban ahora a él las explicaciones.

—Recibí tu carta...

—¿Una sola?

—Sí, una sola. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque te escribí varias...

—Las cogería mi padre... Sólo recibí una, la última... aquella en que me contabas la muerte del niño... Y fué esa carta la que me hizo venir. Mi padre no quería y llegó a amenazarme... pero...

—¿Pero?... —interrogó ella impaciente.

—Pero acabó por ceder... y hasta me encargó que le pidiera perdón a tu padre en su nombre...

y nos descó que fuéramos muy felices.

—Y lo seremos. ¿verdad?

—¡Oh, sí, Maruca! ¡Ahora sí que te lo juro!

Habían llegado al pie de la escalinata.

Allí les esperaba don Rodrigo.

Al verlo, Rubén sintió como un mazazo en el corazón.

Un momento vaciló... pero fué un momento.

Adelantó hacia él y se detuvo a muy poca distancia de su cuerpo.

Cruzáronse unos segundos sus miradas.

Reproches y súplicas, ira y perdón.

Todo esto se dijeron al mirarse.

Y al fin, cediendo ambos a un mismo impulso, se tendieron sus manos y se juntaron en un apretón sincero y cordial que borraba todo lo pasado.

—He venido, don Rodrigo... Aquí me tiene usted, dispuesto a cumplir como un hombre con mi deber.

—Así lo espero, hijo mío...

—contestó el anciano estrechándolo contra su pecho.

—Mi padre me encargó que le

pidiera perdón... y que olvidara el pasado...

Apartóse don Rodrigo y lo miró cara a cara.

¿No sería aquello una burla?

—¿Has dicho perdón?...

—Sí... quiere que le perdone usted... y que seamos felices... He venido con su permiso...

—¿Es decir, que si no te lo hubiera dado?... —y el buen viejo miró a Rubén en el fondo de los ojos.

—Hubiera venido lo mismo, don Rodrigo.

—¡Gracias, Rubén, no sabes todo el bien que me haces con esas palabras! ¡Gracias!

—Hasta hace cuarenta y ocho horas no supe aquello...—murmuró Rubén mirando hacia el huerto—. Si antes lo hubiera sabido, antes hubiera venido...

—¡Gracias, Rubén, gracias!... —repitió el viejo enjugándose una lágrima.

Y se dijo a sí mismo, mirando aquel rostro, que había odiado tanto en los días terribles:

—¡No era tan malo como yo

había supuesto!... Tenía razón el cura...

.....

Pasados los primeros transportes de alegría, Rubén, poniéndose serio, muy serio mientras la palidez de la muerte se transparentaba en su rostro moreno, dijo a su novia:

—Nos falta una visita... Llévame allí...

—Vamos...—contestó Maruca. Y fueron al huerto.

Junto a la tumba de su hijo, vió Rubén desfilar todo el calvario que su desaprensión y su ligereza hicieron pasar a aquella mujer.

Vió las horas trágicas del abandono, del alumbramiento, de la muerte de lo único que podía consolarla...

—¡Qué malo he sido, Maruca mía, qué malo he sido!—exclamó cayendo de rodillas y dando rienda suelta a sus lágrimas.

Maruca le dejó llorar en silencio.

Y aun tuvo la mártir la bondad suficiente para murmurar en un quejido:

—¡Pobre Rubén!

UN MOMENTO DE LOCURA

La noticia del regreso de Rubén corrió por el pueblo como un reguero de pólvora y fué durante unos días la comidilla en todos los corrillos de comadres, en todas las tabernas, en todos los pozos de las minas.

Y, como es natural, se enteró Juan Antonio, el cabrero, que seguía enamorado de Maruca.

Cuando lo supo, sintió renacer en él todo el odio que le inspiraba Rubén. Le odiaba, sí... porque era joven y apuesto y le había gustado a Maruca.

¡Oh, por eso sobre todo!...

Y le habían perdonado, y se casarían, y se la llevaría del poblado y él no volvería a verla.

Durante unos días rondó por la casa, sin atreverse a entrar.

Al fin se decidió.

Una tarde, hacia cuatro o cinco días que regresara Rubén, vió salir a éste y a Maruca en dirección hacia el huerto.

Aquella era la ocasión.

Don Rodrigo debía estar solo...

Casi rastreando para que nadie le viera, llegó a lo alto de la escalera y penetró en la estancia en que se hallaba el padre de Maruca.

—Buenos días, mi amo.

—¡Hola, Juan Antonio! ¿Dónde has estado metido estos días que no te ví?

Rascóse la cabeza con sus manazas de hierro y contestó:

—Por ahí... ¿A qué iba a venir, estando aquí ése?

—¿Quién?—preguntó por preguntar don Rodrigo, aunque de sobra sabía a quién se refería el cabrero.

—Rubén... el que mató a su nieto, el que deshonró a su hija—zilbaron los odios de Juan Antonio.

—¡Calla!—le increpó don Rodrigo contrayendo el semblante al peso de los recuerdos.

—¿Por qué he de callar?... ¿Ya no se acuerda usted? Es un hombre malo... Es el oso... el oso

negro, que devora a la pobre Maruca... y se la llevará, robándosela a usted para siempre.

—¡Calla, calla!...—repetía don Rodrigo en quien iban haciendo mella los apóstrofes del cabrero.

Este río cínico:

—¡Tiene usted miedo!... ¡Usted, siempre tan hombre, tan valiente, tan macho!... ¡Pues bien, si usted no se atreve, si tiene usted miedo, patrón, le quiebro yo mismo la cabeza con una piedra o le parto el corazón de un tiro!...

Y al decir esto fué hacia un rincón en donde se hallaba la escopeta de su amo, aquella que limpiara tan cuidadosamente días atrás...

Todos los odios viejos, toda el ansia de venganza que anidara en su pecho en los días terribles de la máxima vergüenza, despertaron de un golpe en el pecho de don Rodrigo.

Interponiéndose entre el cabrero y el arma, apoderóse de ésta y rugió vengativo:

—¡Tienes razón!... ¡No he de permitir que me quite a Maruca! ¡Canalla!... ¡Pero he de ser yo, yo mismo el que me tome la venganza por mi mano!

Y apoderándose del arma ex-

clamó blandiéndola en el aire con gesto amenazador:

—¡El padre vengó sus odios en mi hija... ahora voy a vengar yo los míos en el suyo!... ¡Vamos!...

Una sonrisa de gozo repugnante se pistó en la bocaza monstruosa de Juan Antonio.

—¡Así quería yo verle, mi amo! —añulló sediento de sangre—. ¡Mate usted al oso, al oso negro, al hombre malo!...

... ..

Bien ajenos a cuanto pasaba a su alrededor, Maruca y Rubén se hallaban en el huerto, al que iban ahora todos los días mañana y tarde a visitar la tumba de su hijito.

No se olvidaban de él, no, en medio de la felicidad, que otra vez volvía a sonreírles.

Al contrario, cuanto más gustaban de su amor, más se ahondaba el recuerdo de lo que pudo haber sido, de no interponerse entre ellos el destino traidor en un momento de renunciamento.

Iban de un lado a otro, cortando flores, entretejiéndolas, formando ramos y guirnaldas, para ir luego a adornar con ellas aquel mausoleo que levantara el amor de una madre desgraciada...

A Rubén le parecía todo aquello un sueño.

A veces, viendo a Maruca tan contenta, se olvidaba de que hubo un tiempo en que pudo haberla hecho total y completamente feliz.

¿Por qué se marchó?

¿Por qué hayó cobardemente una vez realizada la seducción?

Y se apostrofaba en silencio.

Y se maldecía a sí mismo...

¡Cobarde, sí, mil veces cobarde... y traidor!...

Estos pensamientos se apoderaron de tal modo de él, que olvidándose de todo, hasta de la presencia de Maruca, cesó en su tarea de recoger flores y apoyándose en el mármol de la tumba cayó en un profundo ensimismamiento.

Maruca notó su ausencia y le buscó ansiosa con la vista.

Al verle en aquel estado, se acercó a él y le preguntó inquieta:

—¿Qué te pasa, Rubén? ¿Qué tienes?

Trató de serenarse y aun logró esbozar una sonrisa.

—Corta más flores, Maruca. Yo las iré colocando. No tengo nada. Fué un momento de tristeza... por él... Pero ya pasó.

—¿De veras?

—Sí, mujer... Anda... ve...

Y mientras Maruca reanudaba afanosa su labor, él empezó a pasearse cabizbajo ante la tumba de su hijo.

En aquel momento llegaban don Rodrigo y el cabrero.

—Allí está—dijo éste en voz baja—. Si apunta usted bien, no puede escaparse...

Dieron unos pasos más.

Una rama al quebrarse bajo sus pies denunció su presencia.

Rubén, al verles, se dió cuenta de que había llegado para él el momento de la expiación.

Don Rodrigo había ido avanzando y sólo separaban a los dos hombres media docena de pasos.

El padre de Maruca, se detuvo un instante.

¿Por qué corría el sudor en torrentes por su rostro?

¿Por qué le temblaba el pulso?

¿Iría a tener miedo en el momento decisivo?

—¡Tire, hombre, tire!—decía a su oído la voz campanuda del odio.

Alzó la escopeta y la apoyó en el hombro.

Sus dedos se agarrataron en el gatillo.

Todos aquellos movimientos los iba siguiendo Rubén sin que se alterase un solo músculo de su rostro.

Llevaba en sus manos la última brazada de flores para la tumba de su hijito.

Se volvió hacia el padre de Maruca, y con voz tranquila, sereno, impávido, le dijo:

—Un momento, señor.

Con calma, sin precipitarse en lo más mínimo, depositó, después de besarlas, las flores sobre el mármol.

Volvióse luego hacia la muerte con la serenidad del que cumple con un deber reflejada en el rostro.

—Tiene usted perfecto derecho a matarme. Yo deshonré sus canas y le inferí la ofensa más grave que puede inferirse a un hombre... Sabía que me mataría usted... y no retrocedí. Va usted a matarme. Tire cuando quiera. A eso he venido, don Rodrigo.

Y se cruzó de brazos esperando el momento fatal.

¿Qué pasó en aquellos instantes por el alma de don Rodrigo?

Sintió un estremecimiento por todo el cuerpo y que se formaba como un nudo en la garganta...

Cerró los ojos y quiso dejar en libertad a su odio...

Sus dedos se negaron a obedecerle.

Y venció aquel fondo de honradez que atesoraba su alma. Se venció a sí mismo, que es la batalla más difícil de ganar en la vida.

—¡No puedo!... ¡No puedo!... —sollozó arrojando lejos de sí el arma homicida y yendo hacia Rubén con los brazos abiertos—. Rubén, hijo mío—exclamó estrechándolo en ellos—. ¡Eres noble y valiente!...

—¡Como usted, padre mío!—contestó Rubén apretando el abrazo lleno de gozo.

.....

Y desde entonces, ya marido y mujer Maruca y Rubén, la felicidad más completa sonrió para todos.

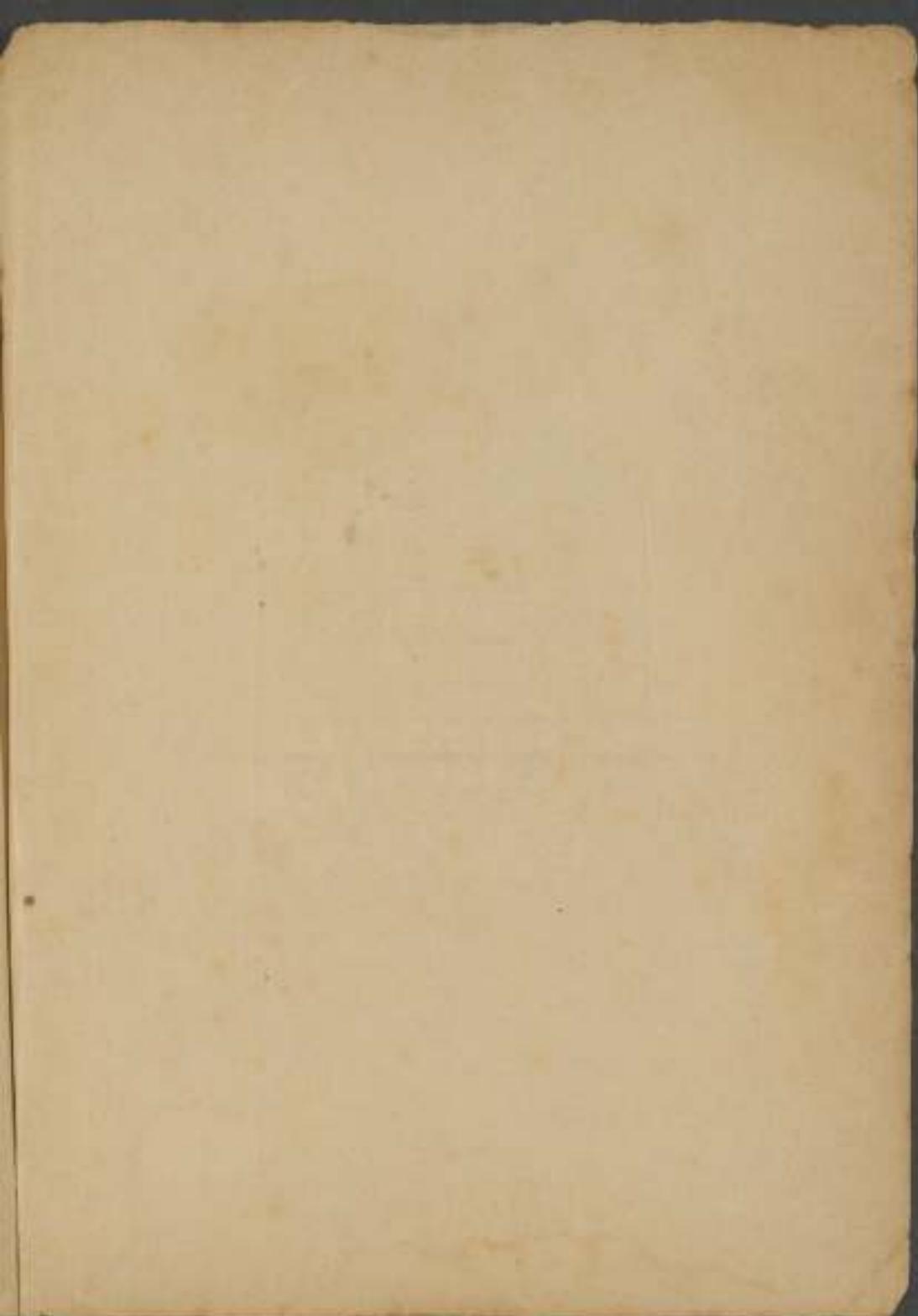
FIN

COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

- | | | | |
|---|---|--|--|
| <p>La vida alegre.
El gran desafío.
Miguel Scrogell, o el
Carnaval del Zar.
La princesa que supo
amar.
El coche número 14.
Elo-tanilla.
Mara Nostrum.
Marta, el nombre que se
escudó.
Cora.
El fin de Montecarlo.
Vida bohémica.
Nada.
(Adida Juventud)
El juicio arreante.
La mujer desolada.
La de Ramona.
Luzanne.
Hotel Imperial.
Dios Juan, el burlador del
señal.
Noche nupcial.
El séptimo cielo.
Eduo Grata.
Los vencedores del futuro.
La mariposa de oro.
Ben-Hur.
El Hamoun y la carne.
La castellana del libano.
La tierra de todos.
Tropica.
El rey de reyes.
Sengre y arena.
La ciudad castigada.
Aguilas trunfantes.
El sargento Malacata.
El capitán Borrell.
El jardín del eden.
La princesa marica.
Ramona.
Dos amantes.
El príncipe escudriñado.
Ant Karantina.
El destino de la carne.
La mujer divina.
Aisa.
Cuatro hijos.
El carnaval de Venecia.
El ángel de la sala.
La última día.
El amorigo.
Amenca.
La bellas de la Opera.
Moulin Rouge.
Dan All.
Los cuatro diablos.
Ella, perra, del
Volga, Volga.
La simplica patética.
Un perro machucado.
Noctálgia!
La rosa de Singapur.
La acacia.
Mister Wu.
Remede.
El despertar.
La manilla del amor.
Las tres pastores.
Clérigo, la holandesa.
¡Viva Madrid, que es mi
pueblo!
Bombas blancas.
La copia andaluz.</p> | <p>Los cometas.
Icaro.
El fondo de Montecarlo.
La mujer ligera.
Ignominia amorosa.
El pagano de Tabal.
Miles de diobesas.
a serda del 18.
sto. zo el cielo.
Españolismo.
Evangelio.
Orquídeas salvajes.
El caballero.
Egiptomo.
La danza del diablo.
El gran misterio de sala
da.
Viaje Aldalga.
caestón.
amarilla.
a seradora.
Ella se va a la guerra.
Los hijos de nadie.
El pescador de perlas.
Santa Isabel de Cerón.
Las dos brujas.
a serción de la realeza.
a serda de un beso.
La realeza del recuerdo.
Utilitacion.
Del mismo barro.
caestras.
Cuatro de infanteria.
Olimpia.
Tancien Hans-Geod.
Bombas de gloria.
Mamba.
Molly (la gran parada).
El valiente.
De frente... marchen!
El presidio.
Emanca.
El gran charco.
Tempestad.
El Dios del mar.
Ame Christa.
Sevilla de mis amores.
Hortizmas nuevas.
San-Har (edición popu
lar).
La incorregible.
El mala.
El peso real.
Bajo el techo de Paris.
Wu-chang.
Intercario.
Cazado del infierno.
Mio serdal.
Aletaca!
a mujer que amamos.
a serción de 1-4.
a princesa enamorada.
maneser de amor.
El gran desafío (edición
popular).
M. Barry, mujer de pa
sion.
a vida alegre (edición
popular).
Ángeles del infierno.
serpe y ama.
a impensio.
España a medias.</p> | <p>Esclaves de la moda.
Paris Café.
Iax que casar el príncipe.
Inspiración.
El proceso de Mary Du
gan.
Marturico.
En esta puerta un amor
ría).
Cancion a tu mujer!
El millón.
La mujer X.
Gente alegre.
Mar de fondo.
La fama agrada.
La ley del barón.
La brisa amarga.
Vidas trancadas.
La hora del mar.
Tulu.
El pasado serpa.
a serda pieerna larga.
Tomar Hoen.
Un vasallo en la ante
del rey Arturo.
El código penal.
La pura verdad.
Maternidad, a el derecho
a la vida (fuera de se
rie).
Carben (La tragedia de
la mineral).
Estudiantina.
Los polipicos de Biggy.
(Qué estudio)
El camino de la vida.
Noches de Viena.
Mami.
Kran trece.
Chari-Biot.
Bésmos tres vez.
Comisarios de lujo.
Los hijos de la calle.
La sirviente.
Madame Saida.
(¿Cuándo se suicidas?)
Maritima.
El carnal amarillo.
Honrada a tu madre.
En última noche.
Los alegres chicos de
Viena.
Viva la libertad!
Salvado.
El ventoso del amor.
Deliciosa.
Cielo robado.
Amargo titilo.
Honor entre amantes.
Para alcanzar la luna.
El hombre que asesinó.
Hidase!
a sala.
El prólogo.
Música de paz.
Amoros a medianoche.
Miguel Scrogell o el
Carnaval del Zar (edi
ción popular).
La hermana San Sulpicio.
El demonio y la carne
(edición popular).
La fama misteriosa.
Los claveros de la Vi
gen.
Paris de Italia.</p> | <p>al Capone (Fianco en
Chicago).
Mi último amor.
Machitos de pastoreo.
Marido y mujer.
Mata-Hari.
Congorix (fuera de se
rie).
Carreteras.
Frase una vez un vale.
(hommes en mi vida).
Nicht...
Rebecca.
Indesizable.
Terrón de int mocua.
El terror del verano.
La visita al mundo pu
Douglas Fairbanks.
Chico him.
Macion casado.
Champ (El comedió).
La serpe del jaguar.
Los amores de José Mo
lica (fuera de serie).
El caballero de la noche.
Artes Luiza.
a serda del 14.
Amor en escena.
El pasado de Marañon.
Clandei.
La casa de los muertos.
Jitanes del cielo.
El proceso Diayra.
La vida de un gran se
ñal.
El último vacho sobre la
Tierra.
Pielomas.
Violencia Imperial.
oy un fugitivo.
Taratata.
La película de las uñas.
Das Grand Hotel (fu
era de serie).
Hollywood al desayuno.
Bambú roja.
El doctor X.
Kroma.
Primavera en otoño.
El hijo del destino.
Ella o ninguna.
El enemigo de la sangre.
El azul del cielo.
El monstruo de la ciudad.
El hombre que se robó
del amor.
Juan Lemus.
Mercado de mujeres.
Mantos culpables.
a princesa se desbista
la mano tatuada.
El rey de los giranos.
El serpiente X.
Los seis milenarios.
Esta es la modernia.
La novia de Herodia.
Deus el serar.
El mayor amor.
El expreso fantasma.
Al despertar.
El robo de la Monta Lio
a (La Crocodal).
La vida de amor.
Salvado.
Discreto por amor.</p> |
|---|---|--|--|





E. B.